

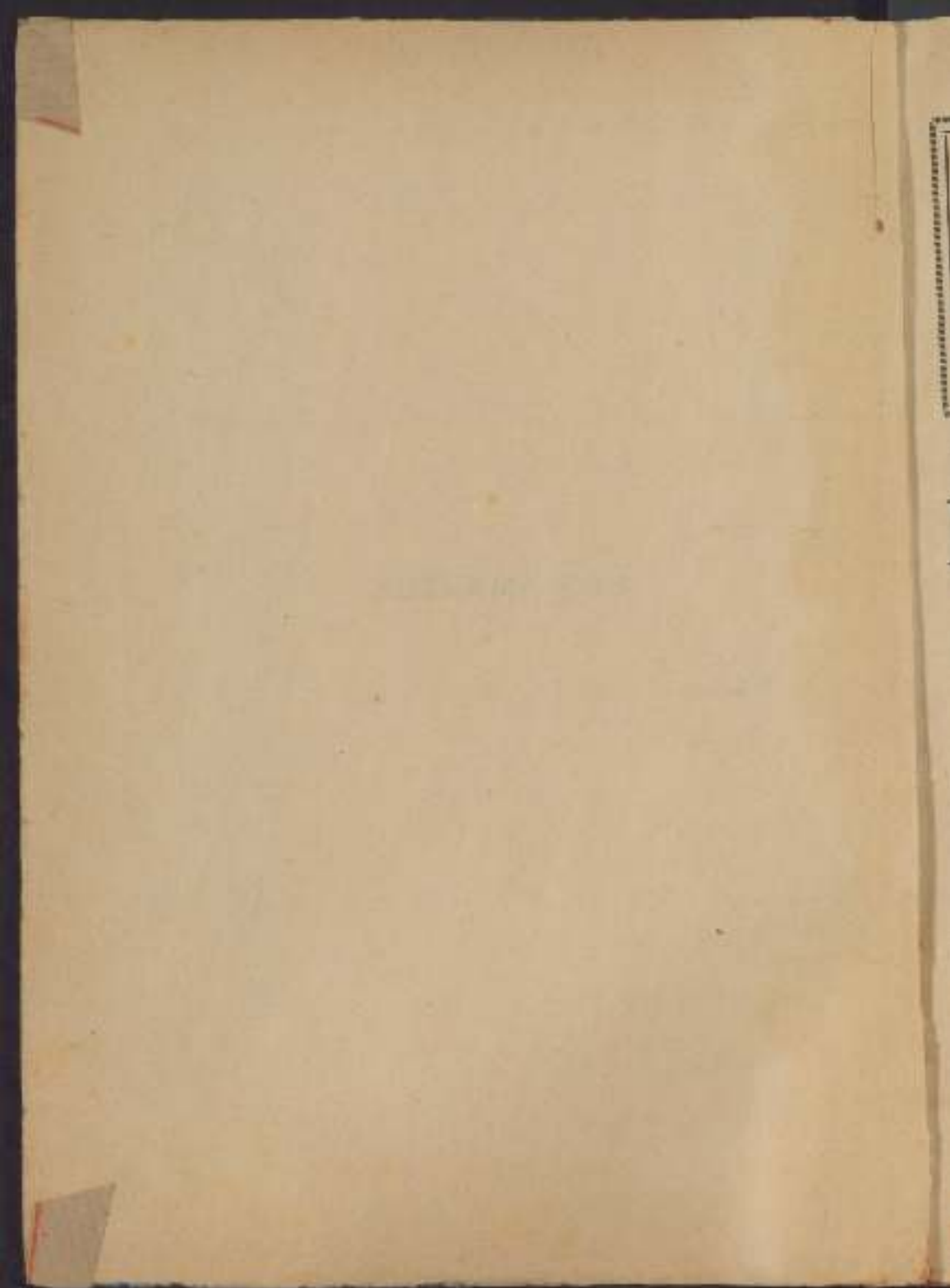
Los cantantes



Ediciones
BISTAGNE



DOS AMANTES



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - BARCELONA

DOS AMANTES

Según la famosa novela «Leatherface»

de la

BARONESA ORCZY

Dirección de

FRED NIBLO



DISTRIBUIDA POR

LOS ARTISTAS ASOCIADOS, S. A.

Rambla de Cataluña, 60 y 62

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones BISTAGNE

REVISADO POR LA CENSURA

INTÉRPRETES

<i>Leonora de Vargas</i>	VILMA BANKY
<i>Don Ramón de Linares</i>	Paul Lukas
<i>El Duque de Azar</i>	Noah Beery
<i>Marcos Van Rycke</i>	RONALD COLMAN

Handwritten signature: *Handwritten Signature*

Yelma Bayly

DOS AMANTES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Era en 1572. Las armas invasoras de Flandes perseguían, para completar su triunfo, la captura del príncipe Guillermo de Orange, jefe de los flamencos. Habían recorrido de una parte a otra el país sin lograr dar alcance a su enemigo. Cuando parecía inminente su detención, la presencia de una figura misteriosa salvaba al príncipe de caer en poder de los dominadores de su patria.

Cierta noche el ejército invasor había obtenido una pista certera

sobre el paradero de Orange. Iban por fin a detener en una vieja casa a aquel hombre, señor de los flamencos, cuya libertad constituía un peligro. Y atravesando bosques y caminos, el ansia del triunfo hacía galopar sus caballos.

Guillermo de Orange, en cuyo rostro fatigado parecían reflejarse todas las amarguras de su patria, había buscado un refugio en una humilde casucha aldeana, lejos de toda investigación y temor. Un matrimonio fiel a la causa de

Flandes, dueño de la casita, se sentía feliz de poder albergar en sus muros al héroe.

Pero en tierra invadida por el extranjero no hay un sitio realmente tranquilo. Ignoraba Orange que el enemigo estaba cerca de allí y avanzaba con firme seguridad de hacerle prisionero. Para el príncipe tenía aquella noche la dulzura de la paz perdida...

De pronto llamaron a la puerta y, franqueada la entrada, apareció ante el de Orange un caballero enmascarado, vestido con loriga, que postróse de hinojos ante él.

—¡Salvaos, príncipe!—dijo el recién llegado con voz emocionada.— ¡El enemigo se acerca!

Una sonrisa de gratitud se dibujó en el rostro de Guillermo.

—¡Gracias, "Rostro de Cuero"! — respondió —. ¡Cuántas veces te debo la vida!

—¡Mientras existáis, Alteza, el invasor no podrá parar el latido del corazón de Flandes!

—Lealtades como la tuya dulcifican la amargura de ser un príncipe sin hogar.

— ¡Por Vuestra Alteza y por

mi patria, nada me importa perder la vida! Pero apresuraos. El enemigo avanza y sería para él noche de júbilo si cayerais en su poder.

— Es verdad. No perdamos tiempo. Señor, Señor, ¿llegará algún día la libertad de la patria?

Envolvióse el príncipe en negra capucha y, acompañado de su fiel servidor, huyó a caballo hacia otro refugio desconocido aún...

¡Ah, "Rostro de Cuero"! Por ese nombre era conocido el misterioso protector de la causa de Flandes que aparecía siempre en el lugar del peligro para seguir encendiendo los carbones de la rebelión. Una armadura de cuero le cubría totalmente la cabeza y el cuerpo sin que nadie, ni amigos ni enemigos, hubiesen podido descubrir su verdadera personalidad. Era el enviado providencial siempre oportuno en el momento supremo... El príncipe de Orange se confiaba a él con la seguridad que inspiran los hombres de limpia historia.

Minutos después, cuando se hallaban todavía los fugitivos a

poca distancia, llamaron a la casita con grandes y fieros aldabonazos. Era Ramón de Liner, capitán de las fuerzas de ocupación de Ganté, que mandaba la patrulla que iba en persecución del príncipe.

Atemorizado por las recias llamadas, el fiel matrimonio abrió el portal, penetrando en la casa varios militares que al andar producían rumor de hierro.

—¡Sé que habéis refugiado aquí a Guillermo de Orange! —gritó don Ramón.

—¡No es verdad, señor capitán, no es verdad! —respondió tembloroso el propietario.

—¡Pronto lo sabremos! ¡Soldados, registrad la casa!

Recorrieron la vivienda, busca-

ron por todos los rincones y Guillermo de Orange no apareció.

—¡Ah, Dios! —rugió el capitán—. ¡Y ese hombre debía estar aquí! ¡Alguien le habrá advertido de nuestra llegada!

Y de modo casi inconsciente pensó en "Rostro de Cuero" que se había convertido en defensor constante del príncipe.

—¡Algún día les cazaremos a los dos! —murmuró.

Comprendiendo que era inútil buscar un rastro que habían perdido, abandonaron don Ramón y sus hombres la casita, después de dirigir enérgicas amenazas a sus ocupantes.

En el silencio de la noche se escucharon las pisadas de los invasores, burlados aquella vez...

Dr. Amante

En plena ciudad de Gante, invadida por el enemigo, se levantaba la taberna de "Los Tres Tejedores"... Tenia el verdadero carácter, típico y obscuro, con sus grandes barriles y sus bebedores de cerveza y vino, de las bodegas flamencas...

Aquella noche, como todas las noches del año, la taberna rebullía de parroquianos que cantaban y bebían en su ambiente húmedo y acogedor.

Un alegre camarada de todos, hasta de los soldados enemigos, era Marcos Van Rycke, hijo del alcalde de Gante. Muchacho afable y cordial, tenía siempre en los labios la palabra optimista y cariñosa. Pero sus ojos brillaban con una mirada enérgica y audaz de

hombre acostumbrado a las rápidas decisiones.

Hallábase alrededor de una mesa sentado con otros camaradas que gustaban de su interesante conversación. Patriota como el primero, no olvidaba que Gante y toda la nación estaban en poder del enemigo, y como la taberna era frecuentada también por soldados extranjeros, no aludía nunca a la situación política de su país, hablando de cosas indiferentes.

Todos bebían y jugaban a los naipes, entreteniendo con esos pasatiempos frívolos la inquietud constante de sus corazones.

Se apearon ante la taberna varios caballeros enemigos. Desahaban reponer sus fatigadas fuerzas

en la casa donde servían el mejor vino del país. Sentíanse muy cansados, con los huesos molidos, los labios resecos. El vino, ese gran milagro de la tierra, les daría nuevos alientos.

Su entrada en el local no despertó apenas curiosidad. Estaban todos acostumbrados a la presencia de los invasores, a los que odiaban con toda su alma, pero procuraban acallar su odio para no hacer más grave su situación de vencidos.

El grupo lo formaban varios soldados mandados por el capitán don Ramón de Linaer, que habían fracasado en su intento de apoderarse de Orange.

Un profundo mal humor invadía al capitán, que sentóse con otros compatriotas en una de las mesas.

— ¡No me cansaré de decirlo! — exclamaba —. ¡Sólo la captura de ese "Rostro de Cuero" podrá poner a Orange en nuestras manos!

— ¡Creo lo mismo! — repuso otro militar —. Mas ¿cómo encontrar a ese hombre que parece

escondérse en el fondo de la tierra?

— Se nos ha escapado ya varias veces. Desaparece de modo misterioso sin dejar rastro. ¡Pero por la cruz de mi espada que no he de parar hasta vencerle!

— Vencido él, la detención de Orange será cosa de horas...

— ¡Evidente! Y la rebelión flamenca totalmente dominada.

Un mensajero entregó una carta al capitán. Éste, apartándose ligeramente, sonrió a aquel papel que parecía impregnado de un discreto aroma femenino. ¡Ay, amor!

Leyó aclarando su rostro de guerrero, siempre ceñudo y hueraño:

Ramón muy amado:

¡Dentro de unas horas estaré en Gantel! Mi tío me ha llamado secretamente; pero yo no podía vivir sin decirlo.

Siglos parecen los minutos a mi corazón.

Vuestra

Leonora

Don Ramón lanzó un alegre

suspiro. Se novia, la dulce Leonora, rubia como el sol, hija del duque de Azar, el gobernador de Flancha, iba a llegar a Gante de un momento a otro.

Se sintió feliz, con un deseo ardiente de ostentar su alegría.

Gretel, una joven sencilla del mismo, muchacha de delicada belleza, se acercó al capitán para servirle vino.

Era don Ramón uno de esos hombres que no se contentan con un solo amor. Quería a Leonora a su manera; pero ese cariño no le impedía dedicar sus galanteos a todas las mujeres bellas que cruzaban por su camino. Era el tipo del guerrero que, viendo siempre de cerca la muerte, desea a todas horas el amor como compensación.

Gretel le inspiraba uno de esos pasiones libidinosas que una vez satisfechas se olvidan con facilidad. La muchacha era encantadora, alta, bien, estaba impregnada de la esencia brava y ardiente de la bodega.

— ¡Cada noche estás más bonita, Gretel... y cada vez me gusta

más! — le dijo viendo a tiempo que ella escanciaba el vino.

Gretel no contestó. Le inspiraban odio esos enemigos de su patria.

— ¡No me contestas? — insistió don Ramón. — ¡Fíjate la lengua paralizada, Gretel? Voy a abrir tus labios con un beso.

— ¡Dejádme! — protestó ella, encendida como la grana.

— Ahora no, Gretel...

Y Ramón se levantó estrechándola en sus brazos, buscando ansioso la boca roja y virginal.

Nadie pareció darse cuenta de aquel espectáculo. Habían además todos lo que costaba mantener con un capitán.

Miriam se levantó instintivamente. Sus ojos se clavaron en la repulsera escama y pareció por un momento que iba a avanzar para arrancar a la joven del contacto extraño.

Se detuvo.

— ¡Más vino, Gretel! — exclamó con energía.

Gretel, que llevaba la jarra en la mano, dijo al capitán:

—¿Por favor! ¡Me llaman!...

Don Ramón le dejó ir y la moza corrió a servir vino a Marcos, agradeciéndole con una sonrisa de afecto la oportuna llamada que le había librado de las garras del extranjero. Estaba segura de que Marcos, espíritu fino y diplomático, le había llamado adrede.

No volvió el capitán a preocuparse de la moza. Enfrentóse en tertulia con otros amigos, hablan-

do de batallas y de la situación del ejército.

Muy entrada la noche se retiró del mesón seguido de sus soldados.

Un silencio de tumba reinaba en las calles de la ciudad invadida, cubado sólo por el fremente patallar de los conquistadores.

Una luna blanca y triste ponía sus besos de plata sobre las agujas de los campanarios de Gante.

El capitán y sus hombres murmuraron a sus cuarteles.

II

"Flor de Occidente" llamaron los poetas a Leonora de Vargas apenas saliera del convento para asombrar al mundo con su ideal belleza. Parecía una virgen rubia arrancada del marco de un pintor meridional.

Acompañada de doña Inés, su dueña y lejana parienta, iba reclinada en el interior de la carroza que la conducía, por una mal cuidada carretera, de Bruselas a Gante.

Su tío, el poderoso duque de Azar, la había obligado a emprender aquel viaje que, por otra parte, satisfacía sus anhelos de enamorada. Don Ramón de Lincer, el hombre que ella amaba, tenía su residencia en la última ciudad.

El carruaje avanzaba rápidamente. No tardarían en llegar al castillo del gobernador.

Dentro de este castillo, antigua fortaleza de Gante, hacía sentir su dureza la mano sojuzgadora.

La guerra no tiene entrañas y fué siempre cruel...

Su Excelencia el duque de Azar, gobernador de Flandes, contemplaba desde la ventana del gran salón de su castillo algo muy interesante que se desarrollaba en el exterior.

Su rostro duro y cerrado no se contraía en lo más mínimo al presenciar el espectáculo. Parecía avezado a escenas parecidas, inevitables en la lucha del hombre, lobo del hombre.

Una gran ciénaga rodeaba el

castillo. Tres hombres, flamencos condenados por agresión al invasor, fueron echados a esa boca esponjosa y absorbente que abrióse y tragóles al instante.

El duque abandonó con lentitud su observatorio y avanzó por el salón, en cuyo centro y alrededor de una gran mesa estaba congregado el Tribunal de Justicia.

— ¡Abogaremos a esos avarientos villanos en su propia ciénaga! — rugió —. ¡No harán más burla de nuestras leyes!

— ¿A qué perder el tiempo en castigos individuales? — dijo uno de los miembros del Tribunal —. ¡Saquemos la ciudad y así acabaremos de una vez con todos!

— ¡Opino lo mismo! — dijo otro caballero —. Cuanto más pronto terminemos con esos perros flamencos, mejor.

— Nos costará menos víctimas.

— Y ahorraremos vidas de nuestros soldados.

— ¡Calma, señores! — dijo sonriente el gobernador —. El saqueo de Gante llegará; pero nuestro rey no lo autoriza sin una prueba terminante de traición.

— Hemos de buscarla...

— No perdamos la serenidad — agregó el de Azar —. El justiciero propósito del rey me ha inspirado un plan de...

Se interrumpió para escuchar a un mensajero que llegóse a él y le dijo algo al oído.

Sonrió el duque de Azar y agregó con visibles muestras de contento:

— Mi sobrina ha llegado al castillo... ¡A ella se refiere el plan!

Le miraron todos con sorpresa.

— ¡Sí, señores!... ¡Ya sabrán ustedes!... ¡Y ahora debemos darle una bienvenida cordial! ¡Que yo vea una vez la sonrisa en vuestros labios!

Una mujer apareció en el umbral de la puerta... Y aquellos hombres a quienes el constante ejercicio de la guerra les había impedido sonreír, procuraron hacerlo ante la presencia de aquella criatura femenina que llegaba hasta ellos como una aparición celestial.

Todos se sintieron rendidos por aquella belleza clara y la sonrisa pura y bondadosa de aquel ángel de juventud.

—¡Leonora... "Flor de Occidente"... a mis brazos!—dijo el duque.

Tío y sobrina se confundieron en tierno abrazo. Después Leonora contempló a todos aquellos hombres que sonreían y que la falta de hábito en la sonrisa ponía muecas grotescas en su rostro.

—Son los miembros del Tribunal de Justicia, sobrina—dijo el de Azar—. ¡Unos grandes patriotas!...

Pero ella tenía miedo y les contemplaba a todos con espanto. Ninguno era joven: simbolizaban el cumplimiento de una justicia que en aquella época no entendía de piedad.

Uno de los caballeros ofrecióle un asiento, que Leonora ocupó.

—En tus manos de ángel, querida mía, están la paz y el bienestar de este pueblo—le dijo el gobernador.

No entendía ella de negocios públicos; así es que limitóse a escuchar. Rodeándola estaban los otros caballeros de imponente porte.

—Leonora, hay que probar a

esos desatinados flamencos que les profesamos verdadero amor...

"Flor de Occidente" asintió.

—A este fin—siguió diciendo el duque—he concertado tu casamiento con el hijo del alcalde de Gante.

—¿Yo? ¡Casarme! ¡No, no!

Rompió a llorar. Se agitaba desesperada en su sillón, no queriendo resignarse a aquel infortunio.

—¿Es preciso, Leonora!—dijo severamente el duque—. Tu casamiento traerá la paz a este país. ¿Verdad, señores?

—Es cierto. De vos depende todo, señorita—dijo uno de los miembros.

Y los demás, rodeándola, comenzaron a ponderar la necesidad de aquella boda, mientras, aturrida, Leonora movía la cabeza negativamente. ¡Casarse, no, no!

—¡Tío, no me exijas eso!... ¡Yo no puedo!...—murmuraba.

Y se acordaba del capitán Ramón de Linares, su dueño, con el que había soñado unirse.

—La patria lo quiere, Leonora—dijo el gobernador con severi-

dad—. Todo debe sacrificarse en su bien.

—¡Todo, no!— protestó ella con furioso ademán.

—¡Todo... hasta la vida!

—¡La vida, bueno, pero el corazón... no!—gritó ella, desesperada.

Aquellos hombres, para quienes el sentimiento era cosa muerta, rieron... Sus órdenes no serían discutidas por nadie y era preciso que las aceptara la débil mujer.

Comprendió Leonora la inutilidad de sus protestas. Bajó la cabeza con dolorosa resignación. ¡Y tendría que ser la esposa de un hombre a quien no conocía, tal vez un ser odioso y repugnante!...

Lloraba, pero sus lágrimas no eran las de la rebeldía. Bien lo comprendió así el gobernador, quien, mostrándose más indulgente, exclamó:

—No obstante, mi amada sobrina, si descubres la menor desleal-

tad para nuestra patria en tu marido o en su pueblo... te prometo que tu matrimonio será anulado inmediatamente.

Sabía Leonora que era inútil resistir. Creía que acababan de enterrar su juventud con aquella decisión de su tío el gobernador.

¡Pobres ensueños de jovencita enamorada, deshechos como la espuma, perdidos como una nube en el azul!

Lentamente, procurando enjugarse las lágrimas, abandonó aquel gran salón en que su alma acababa de ser herida cruelmente.

Y allá quedaron haciendo comentarios los miembros del Tribunal de Justicia, presididos por el gobernador.

—¡Mi sobrina es dócil! ¡Mi voluntad es la suya!...—explicó el duque, contento de su superioridad.

Y todos asintieron.

* * *

Desde antiguas generaciones estaba vinculada la autoridad en los Van Rycke, directores de los movimientos políticos flamencos.

A la siguiente mañana, Marcos Van Rycke despertaba en su lecho, desvelado por las voces que se oían en su habitación.

Allí mismo, cerca de él, estaban sus padres y comentaban una noticia que a Marcos le hacía sonreír con una indiferencia resignada.

Poco después le sirvieron el almuerzo. Y mientras tomaba aquel manjar con sabroso apetito, escuchaba las palabras de su madre.

—¡Que un hijo nuestro, un Van Rycke, tenga que casar con una mujer de un país enemigo!—decía la buena señora.

Protestaba contra la determinación del gobernador Azar obligando a Marcos a casarse con Leonora para fundir de esta manera sangre extranjera con sangre nacional y crear generaciones pacíficas.

El padre, alcalde de Gante, no parecía muy disgustado por tal propósito de unión.

—¡La bendición que los una será también para este país bendición de paz y de dicha!—dijo.

Marcos intervino.

—¿No mueren algunos por su patria?—dijo—. ¡Yo me casaré por la mía!

—¿Sacrificarás tu juventud por esa gente?

—No podemos oponernos ahora al designio del gobernador—

dijo Marcos—. La vida de todos peligraría. ¿Qué importa un sacrificio más? Esta tarde debo conocer a mi futura, a esa que llaman "Flor de Occidente"... Y ardo en

deseos de ver a mi "señora"—agregó sonriente.

—¡Hijo mío... hijo de Flandes!
—murmuró la madre.

Y le contempló con emoción.

* * *

Aquella misma tarde, en el gran salón del castillo, iban a verse por vez primera Marcos Van Rycke y Leonora de Vargas.

Las trompetas anunciaron el magno acontecimiento. Lo más florido de los caballeros invasores se encontraba en la abovedada estancia.

El duque de Azar repartía saludos y sonrisas. Junto a él estaba Leonora, más pálida que nunca en el marco de sus cabellos de oro. A veces miraba a Inés, su dueña y parienta, queriendo confiar sus penas a un corazón amigo.

Entre los invitados se encontraba don Ramón de Liner, que sospechaba la verdad de lo que ocurría y se sentía en aquel instante el más desdichado de los hombres.

No tardó en aparecer Marcos con sus padres. Avanzaban lentamente por el salón, hundiéndose sus pies bajo las mullidas alfombras.

Marcos miró al gobernador y vió al lado del duque a una mujer que sonreía... Se trataba de Inés, pues Leonora, con el alma dolorida, había procurado ocultarse discretamente.

Inés contempló a Marcos con alegre curiosidad, encontrando apuesto y gentil el porte del mozo. Pero Inés era una pobre mujer ya entrada en años, y Marcos murmuró al oído de su padre, creyéndola su prometida:

—¿Es la "Flor de Occidente" esa que me sonríe? ¿Qué desdicha de flor!

—¡No lo sé!... —murmuró el alcalde, estremeciéndose.

Habían llegado ya ante el duque de Azar. Leonora volvía a estar al lado de su tío.

El alcalde dijo inclinandose ante el dominador:

—Excelencia... Siguiendo antiguas prácticas flamencas en mate-

ria nupcial... yo os pido la mano de vuestra sobrina para mi hijo.

—Y yo os la entrego con satisfacción—respondió el duque.

Marcos levantó los ojos para contemplar de cerca a su futura cuya primera impresión fué tan desagradable, y no pudo menos de sonreír gratamente aturdido ante el cambio.

¡Delicada criatura! ¡Parecía encarnar la juventud y la gracia! Cerca estaba la dueña a la que por error creyó Marcos su prometida; pero el joven quedó ahora contemplando con entusiasmo a esa criatura de tierras enemigas que iba a ser su mujer.

Pero, ¿qué importaba ello? Era rubia como el sol de su país, bonita como la primavera... Marcos, que era joven y apasionado, se consideró un hombre dichoso.

Leonora le miró a su vez y entre la negrura de su pena brilló un rayito de luz. En medio de su desgracia, viendo rotas las ilusiones de su corazón juvenil, podía darse por satisfecha de que el hombre que le destinaban por esposo no fuera un viejo repugnante y bru-

tal, sino un joven de continente noble y sereno.

No le amaría, pero a lo menos no le causaría la sensación física de horror que habría experimentado de otra suerte. Y con una ligera sonrisa estrechó la mano de su dueña doña Inés como si quisiera comunicarle su impresión.

El duque de Azar, desnudando su espada y llevando en la mano un sombrero con plumas, dijo, entregando estas prendas a Marcos y después de darle el espaldarazo de ritual:

—En nombre del rey, y con estos emblemas, autorizo el casamiento de mi sobrina Leonora con vos, Marcos Van Rycke.

Marcos se inclinó reverente después de besar la mano de su futura.

Terminaba la ceremonia...

Volvieron a sonar trompetas... Se efectuaría el casamiento en breve; y todos predecían una época de paz...

Sólo Ramón de Liner había presenciado el acto con los ojos irritados de los celos.

¡Acababa de perder a su ídolo!

• • •

No había consuelo para Leonora. Era horrendo el sacrificio de renunciación que se imponía a su alma.

—¡Y lo habré perdido todo y me casaré con un hombre a quien no amo!—decía a Inés, su confidente y amiga.

En el silencio de su habitación, apenas acabado el acto de petición de mano, la muchachita delicada como una flor lloraba su infortunio.

—¡Y ya no seré libre nunca... nunca!...—murmuraba.

De pronto abrióse la puerta y apareció en el marco el capitán don Ramón de Linc.

—¡Leonora!—exclamó yendo a su encuentro y besando su mano.

Inés les contempló con rostro melancólico y salió del cuarto.

Nunca le había gustado el capitán... Le parecía más simpático, mucho más agradable Marcos Van Rycke.

Los dos novios, abrazándose, quedaron con las pupilas fijas, inmóviles como si el dolor no les dejase hablar.

Ella rompió el silencio y entre lágrimas le dijo:

—¿Por qué vinisteis, mi amado? Con ello traéis mayor duelo a nuestras almas.

—¿Podía yo dejaros ir a mi rival sin daros mi adiós?

—¡Ramón!

—¡Mi Leonora! Y hemos de resignarnos a que nos separen... No hay otro remedio, amor mío. Pero si el que va a ser vuestro esposo faltase a la debida lealtad... mi mano os libraría de él.

—¡Callad, Ramón! ¿No se ha vertido ya bastante sangre?

—Sería la última, la que vertería más a gusto.

—¡Oh, no sigáis, por Dios! ¡Y marchaos, capitán, marchaos antes de que olvide que ya soy la prometida de otro hombre... marchaos mientras me queden fuerzas para dejaros partir!

—¡Adiós, "Flor de Occidente", adiós!

Volvieron a abrazarse con delirio y el capitán Ramón de Liner huyó de la estancia, comprendiendo que era inútil rebelarse contra aquel acuerdo del gobernador.

Leonora no sería nunca suya... Y esa palabra nunca, le estremecía con odio feroz...

II

Por las calles de la ciudad de Gante apareció el siguiente edicto:

Flamencos:

Por el presente, y como expresión de afecto hacia nuestros súbditos de Flandes, declaro que mi sobrina Leonora de Vargas se unirá en matrimonio con Marcos Van Rycke, hijo del alcalde de la ciudad de Gante.

Azar

El buen pueblo leía esta noticia, y en general no se alegraba. Pensaba que aquella boda entre magnates no podía traer la paz. Ésta sólo se basa en la libertad de los pueblos.

Llegó el día de la boda. El obispo bendijo a los contrayentes. Todas las campanas de la ciudad tocaban canción de gloria... Y por

todo Gante pasó el artificio de aquella fiesta oficial.

Resignada, obligada casi, Leonora había dado el sí a la nupcial unión. Y Marcos Van Rycke lo había hecho con la alegría de tener a una hermosa mujercita por compañera.

Era de tierra enemiga, verdad; pertenecía a la raza de los invasores de la patria, pero, ¿qué más daba? Era mujer... y mujer es símbolo de bondad y de paz.

Mujer... que aqueste nombre es el mejor requiebro para el hombre
[bre

como cantaba nuestro inmortal Calderón.

Allá, en casa del alcalde de Gante, la dueña Inés preparaba la habitación nupcial de su señora.

Con el entusiasmo infantil de las mujeres solteras ya entradas en años, Inés derramó pétalos de rosa sobre aquel lecho nupcial, cuyos secretos su pobre alma de solitaria nunca lograría conocer.

Una doncella encendió, entre tanto, el fuego en el amplio hogar de la chimenea y salió luego.

Inés fué poniendo la ropa interior de Leonora sobre el lecho, abrazándose con inocente deleite a la fina camisita de dormir.

Después colocó las zapatillas de Leonora sobre la alfombra junto a las de Marcos...

Los novios no podían tardar... Era ya muy entrada la noche y habría terminado de sobra el banquete nupcial... Tal vez llegasen para Gante nuevas jornadas amables.

Se escucharon pisadas... Inés, con el corazón tembloroso como si ella fuese la novia, vió aparecer a Marcos y a Leonora.

La dulce "Flor de Occidente" avanzó hacia Inés y le murmuró con voz desesperada:

—¡No me abandones, Inés!

¡Esas campanas que antes te alegraron tocaban a muerte para mi dicha!

—¡Mi pobrecita señora!

Y se la quedó mirando como si no acertase a comprender el horror que sentía aquella linda muñeca.

Marcos estaba ante la puerta. Desde allí, sin que Leonora pudiese verlo, hizo una seña a Inés para que marchase.

Vaciló un instante la dueña, pero ¡qué diablo! el amor no quiere testigos. Y se alejó casi de puntillas después de sonreír a Marcos, cuyo rostro denotaba una gran tristeza.

¡Ah, el joven no se hacía ilusiones! Aquella mujer tan hermosa con la que acababa de casarse no parecía satisfecha de su suerte. Tenía toda ella un aspecto agresivo, de protesta constante.

Leonora le vió acercarse con temor. ¿Por qué había marchado Inés? ¡Ah, la noche para dos almas que no se aman!

Marcos despojó a su esposa de la corona de flores que ceñía sus sienes. Acarició sus manos.

—¡Estáis yerta, señora! ¡Sin la vida de vuestros ojos os creyera una estatua de mármol!

Ella inició una leve sonrisa, apagada en el acto.

Marcos le quitó son delicadeza el amplio manto nupcial, que puso con cuidado sobre la cama.

Se estremecía suavemente a cada contacto del delicado cuerpo de la amada. Y Leonora iba experimentando los escalofríos del terror. Sus ojos, circundados por manchas violetas, miraban con hosquedad. Sus labios tenían la sequedad de la fiebre.

Marcos la obligó a sentarse y le dijo:

—¡Cuánta es vuestra belleza, señora, y cuánta vuestra amargura! ¿No me daréis el placer de veros sonreír?

Y se arrodilló a sus pies con una ternura de amante.

—¡Sed un poco indulgente para conmigo!—respondió ella con voz débil—. ¡Me es todo tan extraño esta noche!... Comprended...

—¿Extraño? ¡No! Tenemos juventud... La vida nos abre hori-

zontes infinitos... ¿Por qué no hemos de intentar ser felices?—murmuró él.

—¡Vano intento!—contestó ella cada vez más hosca—. ¿Olvidáis las cosas? ¡Ni yo os amo ni vos me amáis! ¿Puede haber felicidad sin amor?

—¡Os engañáis, señora! ¡Yo sí os amo! ¡Y con todo mi corazón!

—¿Por qué me mentís? ¡Nuestra boda fué impuesta! Acordaos. ¡Nuestras patrias respectivas la exigían!...

—Escuchadme, señora... Os vi y me sentí herido por el dardo de vuestra belleza... Aunque hubierais sido mi peor enemiga, os seguiría queriendo... El amor sólo sabe de amor... Olvidemos los negocios, las conveniencias ajenas... Mi alma está herida, Leonora; sólo vos la podéis curar...

Hablaba con sinceridad y Leonora lo comprendió así; pero esta pasión, en vez de calmarla, la irritó.

Levantóse y contestó:

—No puedo oírlos más. ¡Os suplico que no me habléis de amor!

—¿De qué otra cosa podría ha-

blaros ahora? Estamos solos... Es nuestra primera noche... ¿No sois mi mujer?

—¡Sí, vuestra mujer soy!—repuso ella, desesperada—. ¿Podéis tomar los derechos que tenéis sobre mí?

Y abrió los brazos para entregarse, pasiva, dolorosa, fría...

Marcos no se movió, contemplándola con tristeza...

—No os quiero sumisa por deber, sino rendida por amor.

—¿Puede sacarse a voluntad el amor del pecho como el vino de un odre?

—A veces sí...

Ella le envolvió en una mirada de piedad y le pareció cruel engañarle.

—Os debo una confesión leal—dijo—. Parecéis bueno... y yo os quiero decir lo que pasa en mi alma.

—¡Hablad!...

—¡Amo a otro!

Y bajó la cabeza, avergonzada, como si sintiera la tristeza de no querer a su marido.

Marcos no se inmutó... Sentía por su mujercita una lástima dolo-

rosa. ¡Criatura delicada, sacrificada a las conveniencias políticas!

—¡Pobre "Flor de Occidente"!—respondió—. ¿Por qué, entonces, os han impuesto el sacrificio de esta unión?

Leonora calló... Marcos dió una última ojeada a aquella estancia nupcial que debiera haber sido paraíso de delicias y se convertía en infierno.

Alejóse con lentitud, con una nobleza de verdadero hidalgo.

—¡Adiós, señora!

Y desapareció.

En aquel momento la voz del guardián nocturno cantaba en la calle:

—¡Las once en punto y... sereno!

Era esa voz clásica de los guardianes de las viejas poblaciones, esa voz que causa miedo a las mujeres y a los niños.

Leonora la escuchó con emoción. Luego sentóse al lado de la cama. Vió las zapatillas de Marcos alineadas junto a las suyas y las echó lejos de sí con furor.

Y mientras afuera volvían a pregonar la hora, rompió a llorar...

IV

Don Ramón de Lincé no se inmutó demasiado por el melancólico desenlace de sus amores. Nunca había guardado a "Flor de Occidente" una excesiva fidelidad; así es que, perdido el amor de la bella muchacha, entregóse por entero a sus aventuras galantes. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Gretel, y el recuerdo picante y sensual de aquella criatura le atormentaba.

Unos días después de haberse casado Leonora, el capitán don Ramón volvió a la taberna de "Los Tres Tejedores".

El amplio local, oscurecido por el humo del tabaco, estaba invadido de gente. Indígenas e invasores ocupaban las manchadas mesas, bebiendo con fruición el negro vino flamenco.

A media noche entró don Ramón de Lincé... Estaba malhumorado... Aquel hombre que deseaba siempre la guerra y el amor, se entregaba a todos los diablos ante la reinante tranquilidad que por doquiera se disfrutaba. Contestó con un gruñido al saludo de los soldados y fué a acomodarse a una de las mesas.

Una camarera, una mocita rubia y humilde, llegóse con su jarro y sirvió vino al capitán.

Sonrió don Ramón, y con la absoluta libertad que tenía para todos sus actos, echó el contenido del vaso sobre el rostro de la criada. Esta dió un grito al sentir el contacto frío y espeso de aquel líquido y corrió a ocultarse hacia el mostrador, temerosa de que el capitán se fijara demasiado en ella.

En la guerra las mujeres son el tesoro que hay que guardar con más seguridad.

Pero el de Liner pareció olvidarse de la muchacha al ver aparecer a Gretel, la camarera bella y arisca que le había electrizado.

Lanzó siniestra carcajada.

—¡Por Dios que esta vez no te escapas!—murmuró entre dientes.

Y levantóse yendo en dirección a Gretel.

La moza tembló como una azogada al darse cuenta de la agresividad con que iba hacia ella el capitán, y echó a correr.

Tenía un miedo atroz; había visto brillar en los ojos de don Ramón un propósito cruel.

El militar, riendo groseramente, corrió tras ella, subiendo la escalera que conducía a las habitaciones interiores y en una de las cuales Gretel acababa de ocultarse.

Los soldados, que jugaban a los naipes entre largos sorbos de cerveza y vino, levantaron los ojos para ver el espectáculo de la codicia del capitán. La disciplina les imponía absoluta abstención. Abo-

naban a su superior en la malvada hazaña; ellos hubieran hecho lo mismo. Volvieron a jugar como si nada ocurriese y arriba no se preparase el eterno drama humano entre la pasión y la inocencia.

En el piso superior Gretel acababa de entrar en una estancia, pero, sin tiempo para cerrar la puerta, vió a don Ramón junto a ella y en la actitud feroz del hombre que desata sus instintos.

Cerró el capitán y quedaron los dos en la estancia, alejados de toda intervención humana.

Las lágrimas se agolparon a los ojos de la humilde criatura, la cual miraba con espanto al depravado sujeto.

¿Qué auxilio podía invocar Gretel, si no se apinaba de ella el cielo?

—Ya estamos solos—dijo don Ramón, sonriendo—. Has tenido una gran idea en meterte aquí...

Estiró los brazos pretendiendo abarcar contra sí el cuerpo armonioso de la doncella. Ella huía, esquiva como una corza, noble como una virgen.

—¿Por qué te escapas? Yo te

quiero mucho, Gretel... y te lo voy a demostrar.

Saltó sobre ella, abrazándola, apretándola contra su pecho, mientras Gretel pugnaba por desasirse de él.

—¡So... corro... so... corro!— gimió.

—¡Nadie te ha de oír... nadie! ¡Estamos solos! ¡Y yo mando... y nadie se moverá en tu favor!

Logró Gretel escapar de nuevo y tiró una silla en su huida. El golpe resonó abajo en la taberna, haciendo levantar la cabeza a todos los hombres, que se miraron de modo significativo.

¡Aprovechado capitán! En aquellos momentos saciaría su sed de amor en una piscina intacta. Pero volvieron a jugar, sin preocuparse de lo que ocurría en el otro piso.

Y en él, Gretel tenía que luchar sola contra la fuerza bruta y los mismos instintos con que las virgenes paganas tuvieron que defenderse de los sátiros.

El capitán había logrado cogerla y sus brazos la estrechaban cada vez más y procuraba besarle los

labios, rojos y excitados por la lucha.

Cada vez Gretel estaba más hermosa; el combate ponía en ella el incentivo de la tentación.

Volvió a gritar, a pedir débilmente socorro, sintiendo que sus ojos se nublaban, pero ya no pudo hacerlo... Una boca abierta y fuerte se cerró sobre los labios de ella como una valva.

No pudo más... Los labios apretaban, mordían, asfixiaban... En su último pensamiento Gretel invocó a Dios...

—¡Mía... serás mía!— repetía el miserable.

De repente recorrióse una cortina y apareció la figura misteriosa y sagrada para todo flamenco, de "Rostro de Cuero".

Seguía la espantosa escena entre los dos. En supremo esfuerzo, con todos los resortes últimos de su voluntad, Gretel había lanzado lejos de sí al capitán, quien resbaló en tierra. Levantóse de nuevo don Ramón y armado de una daga quiso vencer de modo definitivo la resistencia de la doncella.

No pudo hacerlo. Se sintió co-

gido por el brazo hercúleo y dominador de "Rostro de Cuero".

—¡Vos, "Rostro de Cuero"!—gritó el capitán al verle con el disfraz—. ¡Ah, magnifico! ¡Ahora os cazaré a vos!

—¡Miserable!

Y los dos hombres, armados de sendas dagas, se lanzaron uno contra otro con el más espantoso de los odios.

Gretel, aturdida, contempló unos instantes al hombre que llegaba en el momento providencial para salvarla, y se alejó de la estancia con la debilidad del que se siente próximo al desmayo. Había sufrido demasiado.

Proseguía la terrible reyerta entre aquellos dos hombres de patrias enemigas, a los que separaba además aquel odio nuevo en que intervenía una mujer.

La lucha tuvo alternativas trágicas; los combatientes, en silencio, procuraban buscarse el corazón.

Brillaban los aceros con siniestros resplandores; a veces sus puntas rasgaban las ropas, acercándose a la carne.

—¡Ah, perro enemigo!—rugía don Ramón.

—¡Voy a darte muerte, malvado!—respondía "Rostro de Cuero".

—¡Necesito saber quién eres!

—¡No podrás!

—¡Villano!

A punto estuvo el capitán de abrir la ropa que cubría el rostro del misterioso personaje; pero éste pudo librarse de la investigación.

Seguía el combate... Los dos estaban levemente heridos... De pronto la daga del capitán vino a saltar por los aires, rompiendo los cristales del farol que iluminaba la estancia.

"Rostro de Cuero" vió a su enemigo desarmado, con la daga en tierra. Con hidalguía, gritó:

—¡Recoge tu arma!... ¡No quiero matarte indefenso!...

Asió don Ramón la daga y otra vez la pelea adquirió caracteres de muerte.

¡Desenlace trágico! Con el brazo derecho ensangrentado, "Rostro de Cuero" alzó la daga y la clavó hasta su cruz en el pecho del enemigo, arrancándola después.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Cayó pesadamente don Ramón y los ojos de "Rostro de Cuero" brillaron justicieros.

¡Había triunfado! ¡Toda justicia llega al fin!

Luego abrió la puerta y lanzó la daga abajo, que se clavó sobre una de las mesas que ocupaban los soldados.

Parecía un reto, la seguridad

de continuar venciendo a los enemigos del país.

Después saltó por una ventana y huyó...

Cuando los soldados, horrorizados por unos gemidos angustiosos, subieron a la estancia, encontraron moribundo a don Ramón de Linares. Sus postreras palabras fueron de acusación para el agresor...



.../Marcus Van Rycke, billy del alcaide de Gaule.



Leosora se tîs aşterîndu-se cu Iamor.



— ¡Cuánta se veisísima belleza, señor, y cuánto vuestra amargura!



—¿Por qué es llamado de tantas ser salices?



— ¡No yo en eso, ni vos me amas! ¿Puede haber felicidad sin amor?



— No os quero assim de debet, sin resida por error.



—¿No puedo yo saber la causa de vuestra inquietud?



—... À défaut de la Grèce, à partir perçonn à mi les para volver a mi pettin.

len
bra
do
do
gre
la
an
que
pe
son

* * *

"Rostro de Cuero", en el silencio de su habitación, miróse el brazo ensangrentado. La daga de don Ramón se lo había atravesado de parte a parte.

¡Bah! ¿Qué importaba? ¿Sangre derramada por la libertad, por la inocencia, sangre santa!

Vendóse de modo superficial aquella herida y quitóse el cuero que le cubría el rostro.

Sus nobles facciones apenas experimentaban cansancio...

Sonreía...

¡Si le hubieran visto los invasores! ...

El misterio de "Rostro de Cuero" desaparecía al dejar descubierta la cabeza.

¡Era Marcos Van Rycke, hijo del alcalde de Gante; el marido de Leonora!

¿Quién hubiera podido creer que Marcos, aquel joven delicado y apacible, era el mismo "Rostro de Cuero" que aparecía como una esperanza, como una promesa en las horas de dificultad?

Su doble personalidad la ocultaba a todo el mundo con la modestia de los verdaderos héroes.

V

La muerte del capitán don Ramón de Linaer conmovió a los invasores y asustó a los flamencos, temerosos de que la dominación hiciera sentir más su poder.

Un aire de duelo parecía correr por las ciudades ocupadas, preguntándose las gentes qué iba a ocurrir.

Una desesperación inmensa llenó el alma de Leonora cuando supo el doloroso fin de su antiguo novio. Había amado con todas las dulzuras del primer amor al capitán, y lloraba ahora su muerte viéndose todavía más sola en su soledad.

Ya ni la esperanza, ya ni esa divina luz que alumbra hasta a los condenados a muerte, doraba su corazón... Su amor había muer-

to; ni siquiera la posibilidad de ir alguna vez a él le quedaba...

¡Ah, el destino! Ese implacable viento la había hecho esposa de un hombre al que no quería... Y, sin embargo, ella misma se debía confesar que no tenía queja alguna de su marido...

Después de aquella amarga primera noche nupcial, las relaciones entre los dos esposos habían sido frías, pero correctas. Marcos la respetaba, considerándola como su dueña, pero sin hablarle nunca de amor. En el fondo la compadecía de veras, lamentando que la hubiesen vendido a un interés público.

Adivinaba Leonora que, a través de aquella corrección respetuosa y fría, su marido la amaba.

Esa pasión se transparentaba a veces en una mirada, en un suspiro, en un espacio de silencio...

Había procurado la joven resignarse a su situación, recordando a todos los que hicieron sacrificios por su patria, con un deseo de emularlos a su vez. Y he aquí que de repente la muerte de Ramón hacía remover las heces de su infortunio, llevando a sus labios el amargor del pasado.

Lloraba desesperadamente escuchando a su tío, el gobernador Azar, que le hacía el relato del suceso.

—...Y después de su crimen huyó "Rostro de Cuero", pero con el brazo pasado de parte a parte por la daga del capitán.

—¡Pobre don Ramón!

—¡Le vengaremos! ¡No llores! Es preciso detener a ese "Rostro de Cuero" sea como sea. Por fortuna sabemos que está herido. Lo confesó Ramón antes de morir. No se burlará esta vez.

—¡Sí... sí... hay que detenerle!

—¡Miserables flamencos!—rugió el duque de Azar elevando los

brazos y pareciendo amenazar a la ciudad de Gante—. Estamos rodeados de traidores. Ahora ha sido Ramón la víctima. ¡Mañana puedo serlo yo mismo!

—¡Y esa guerra no acabará nunca!—gimió ella.

—Sí, acabará el día en que no quede un flamenco... No temas, Leonora. Escarmentaremos a ese "Rostro de Cuero"... Y ahora, adiós. Esta noche salgo para Bruselas... Si hay algún mensaje, envíamelo.

—¡Confía en mi lealtad, tío!...

El duque de Azar se despidió de ella; debía dar las últimas órdenes antes de partir.

Leonora volvió a sus habitaciones para recordar aún, con el dolor que inspiran las cosas perdidas para siempre, al hombre amado.

¡Ah, si ella hubiera sabido por qué causa, por qué motivo había muerto Ramón! Probablemente no le lloraría con aquella intensa pena de novia fiel, de virgen pura que creyó que todos los pensamientos del amado, hasta el último pensamiento de su vida, fueron para ella!

¡Cuántas veces lloramos por algo que en realidad es indigno de nuestra atención! Las cosas no son nunca como parecen, por desgracia.

Y mientras Leonora se sumergía en la amargura de sus recuerdos, por la ciudad vibraba el escalofrío del terror.

Se habían fijado por las esquinas pasquines con estas palabras:

Mil florines de recompensa, por la captura de "Rostro de Cuero", muerto o vivo, o por su verdadero nombre o identidad.

Azar

Y la gente flamenca se arremolinaba en la calle, comentando en voz baja el edicto. Nadie en realidad sabía quién era "Rostro de Cuero". Pero conocían sus hazañas, su intervención siempre oportuna en los momentos de peligro, el haber salvado a Guillermo de Orange de caer prisionero... Y aunque supiesen su nombre, nunca lo delatarían... El honor no se paga con todo el dinero del mundo.

A la noche siguiente Leonora se

acostó temprano en la habitación de aquella amplia y vetusta casa que ocupaba y que era de su suegro, el alcalde de Gante... Se agitaba en el lecho sin poder dormir, atormentada por la eterna pesadilla de la muerte de Ramón...

Sus habitaciones eran independientes de las de su marido; desde la primera noche vivían en absoluta separación.

De pronto creyó escuchar un leve ruido, un tenue rumor apagado rápidamente. No hubiera prestado atención a él si no volviera a repetirse con insistencia.

La casa estaba en sombras, callada ya... No se veía ni una luz... Y, sin embargo, volvía a escucharse un misterioso rumor como si alguien trabajase en la noche.

El ruido se hizo persistente, continuo... Ya no le cupo duda a Leonora de que ocurría algo anormal.

Saltó del lecho y encendió un candelero. A la luz movable de la cera las cosas adquirían misteriosos contornos, los muebles se alargaban proyectándose en las sombras...

Lentamente, procurando hacer el menor ruido posible, abrió la puerta de su cuarto y bajó despacio la escalera... El rumor continuaba...

Leonora sentía la presencia de algo misterioso, extraordinario... No tardó en descubrir que no se engañaba.

Moviéndose uno de los lienzos de la pared, situado precisamente debajo de la escalera.

La pared había girado, dejando ver un fondo misterioso y lúgubre que se cerró instantes después.

La emoción hacía temblar las manos de Leonora que difícilmente podían sostener la vela.

¿Qué era aquel escondite? Leonora no era cobarde y quiso averiguar la verdad.

Acercóse a la pared, tanteó varias veces hasta dar con el resorte que la ponía en movimiento. Giró la trampa y el agujero se abrió, dejando el paso franco.

Apagó la luz y fué avanzando hacia el lugar de donde provenían las voces. De repente un espectáculo inusitado se presentó ante sus

ojos y procuró ocultarse contra un muro para no ser vista.

Ante ella se abría una reducida estancia, de techo bajo, antiguo escondite abierto en el subterráneo. Los grandes bloques de piedra de las paredes rezumaban humedad...

Unas cincuenta personas se encontraban allí escuchando persuasivas el discurso que pronunciaba una de ellas.

Ya no le cupo duda alguna a Leonora de lo que se trataba: eran conspiradores de Flandes.

A uno de ellos le llamaban todos Alteza, y "Flor de Occidente" adivinó que se trataba de Guillermo de Orange... Luego sus ojos, acostumbrados ya a la obscuridad, fueron distinguiendo las facciones de la gente. Sorprendida, descubrió allí a sus suegros.

—Con el duque de Azar como rehén, podremos imponer al invasor nuestras condiciones—decía el alcalde de Gante—. Y estas condiciones son la retirada inmediata de sus tropas... Aquí están los nombres de dos mil patriotas juramentados para ayudarnos en esta empresa.

Y dió lectura a una larga lista entre cuyos nombres descubrió Leonora, horrorizada, los de la familia Van Rycke.

Un inmenso odio hacía castañetear a la sobrina del gobernador... ¡Su casamiento no había servido, pues, para traer la paz! Allá en la propia casa donde ella vivía se conspiraba contra los hombres de su patria... ¡Ah, con qué gusto les hubiera entregado a todos!

Su mirada se espació entre aquellos hombres, ajenos al espionaje. Marcos estaría probablemente allí, con ellos, conspirando contra la patria de su mujer. Pero no logró descubrirle en todo el recinto. No le cabía duda de que estaba en complicidad con todos ellos, laborando por la libertad de su país.

Concluida la lectura de la lista de los flamencos leales, el alcalde de Gante dijo:

—Ahora guardaremos el documento en buen sitio. Pronto llegará la hora de la liberación.

Y, ayudado por su mujer, levantó un bloque de piedra de la

pared y ocultó en su hueco el importante escrito.

Guillermo de Orange, feliz al encontrarse entre sus leales súbditos, les dijo:

—Amigos míos, llenemos nuestro corazón de esperanza. La victoria se acerca y nuestra patria volverá a poseer la libertad que en mala hora le arrancaron.

Habló luego con todos, mostrándose humilde con sus súbditos que sacrificaban la tranquilidad y sus intereses por él.

Leonora seguía escuchando. Sus manos se crispaban pegadas a las faldas... La idea de delatarles atormentaba su imaginación.

De repente alguien apareció en la estancia y Leonora vió la figura de un hombre enmascarado a quien todos los demás saludaron como a "Rostro de Cuero".

—¡Alerta, príncipe! — dijo la voz de "Rostro de Cuero".

Estas palabras asustaron a Leonora. ¿La habrían descubierto en su espionaje? De puntillas fué alejándose hasta volver a encontrarse en sitio libre, junto a la escalera.

Guillermo de Orange, apenas

escuchara la voz de su fiel defensor, salió por otra abertura. Las paredes podían oír. El ansia enemiga se filtraba hasta por los muros.

Leonora se había ocultado cerca de la escalera. Giró de nuevo la pared, y vió a sus suegros salir por el hueco y dirigirse a sus habitaciones... Prestó atención; unos minutos después había desaparecido por completo el tenue rumor de las lejanas voces. Habría terminado la reunión.

Un solo pensamiento anidaba en el alma de Leonora: denunciar a los flamencos. Allí se reunían los criminales enemigos de su patria y especialmente aquel "Rostro de Cuero" que había dado alevosa muerte al capitán Ramón.

Recordó unas palabras de su tío el duque de Azar, que al ser pronunciadas no le causaron impresión, pero que ahora volvían a su memoria como el supremo acicate para sus actos.

"Si descubres la más pequeña deslealtad para nuestra patria en tu marido o en su pueblo... te prometo que tu matrimonio será anu-

lado inmediatamente"—le había dicho el gobernador.

Y ahora llegaba la ocasión de poner en práctica la promesa. La guiaba este vital anhelo: el de romper un connubio que era cadena de esclavitud para su alma... Se apoderaría de la prueba de deslealtad de los flamencos, rescatando de esta manera su libertad.

¡Oh, romper todos los lazos que la unían a aquella gente! ¡Volver a ser libre, alejarse de Marcos, de los alcaldes de Gante, de todas las gentes de Flandes que odiaban a su país de sol! No vaciló un momento.

Abrió la trampa por segunda vez y, encendiendo la luz, llegóse al recinto, desierto, como ella sospechaba.

Se convenció de que no había nadie y dirigióse sin titubeos a la pared donde estaba escondido el documento comprometedore.

Pronto dió con él y lanzó un débil suspiro.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo—. Lo guardó en el pecho y volvió a salir precipitadamente, deseosa de estar en sus habitaciones para lle-

var a la práctica su plan con toda rapidez.

Con el mayor sigilo subió la escalera, pisando débilmente con sus pies desnudos, procurando amortiguar el leve rumor de su persona.

Cuando le faltaban únicamente pocos escalones para llegar al piso donde ella tenía su cuarto, vió perfilarse en la pared una sombra larga, muy larga, que llevaba en la mano un velón.

Se detuvo sorprendida, atemorizada. La sombra fué avanzando y de pronto apareció ante Leonora la figura risueña de Marcos, su marido.

La mujer procuró sonreír para justificar su extraña salida. Mirándola con ojos serenos, escudriñadores, Marcos le dijo:

—¿Qué hacíais aquí, señora?

—Me pareció oír un ruido... y salí a indagar su origen—respondió con voz débil.

—Sois más ansiosa de lo que yo creía, señora—le dijo él con extraña entonación.

—Siempre he tenido miedo... Soy una niña.

—A mi lado no debéis temer... Mi brazo está para protegeros y velar por vos.

Habían llegado ante la puerta de la habitación de Leonora. Marcos la abrió, franqueándole la entrada.

La desgraciada mujer penetró en la estancia y quedó sorprendida al ver que Marcos, en vez de despedirse, entraba también.

Dejó el joven el velón sobre una mesa y se quedó contemplando a su mujer que le miraba miedosa con sus grandes ojos cándidos de gacela.

Leonora se sentó, pasándose las manos por la cabeza con una dolorosa inquietud. ¿Por qué había entrado aquel hombre?

—Parecen de nieve vuestras manos — le dijo él acariciándolas — ¡Mas estáis temblorosa! ¿Por qué?

Nada respondió ella; pero una gran turbación agitaba todo su ser... ¡Si su marido descubría aquel papel que ella llevaba en el seno!

—¿No puedo yo saber la causa de vuestra inquietud?

—¡No me pasa nada! ¡Os lo aseguro!... ¡Dejadme sola!

—¿Por qué negáis? ¿No sabéis que yo leo en vuestros ojos, que todos vuestros pensamientos los sé y conozco yo?

Leonora bajó los ojos. ¡Ay, aquel hombre que le seguía demostrando un amor imperturbable, fiel, sin cansancio! Hizo un gesto de horror cuando se sintió abrazada por él.

—¿Por qué me teméis, Leonora?—preguntó melancólico Marcos.

—No es a vos sólo... Creo que ha llegado la hora de temer a todo el mundo.

—¡Pobre Leonora! Daría la vida por inculcaros un sentimiento; el de la fe en mi amor.

Ella le miró con menos temor, como si agradeciera ese cariño sin esperanza... Y quiso sacar ventaja de esa situación.

—Si es cierto que me amáis...—murmuró.

—Hablad...

—...dejadme ir a Bruselas a pedir permiso a mi tío para volver a mi patria.

—¿Me abandonáis? ¿Os queréis marchar de mi lado?

Y la contemplaba con dolor, pareciéndole imposible que ella no correspondiese a su devoción.

Reflexionó unos instantes mientras Leonora se debatía en angustias infinitas... Al mismo tiempo que deseo de alejarse, Leonora sentía por Marcos una gran compasión... Pero necesitaba salvar a los suyos de la conspiración flamenca, comunicar al gobernador lo que se maquinaba.

—Bien—dijo Marcos al cabo de unos momentos—. No quiero que digáis nunca que yo os privé de libertad... Podréis marchar... Un coche os esperará una hora después de la salida del sol.

—¡Oh, gracias, gracias, Marcos!

—¡Buenas noches, señora!...

Y con severa gravedad alejóse de la estancia mientras la joven sonreía con la alegría del triunfo.

Iba a vencer; los flamencos serían cogidos en sus propias redes y ella recobraría la libertad.

¡Pobre Marcos! ¡Este era el

flamenco menos antipático de todos!

Cogió el documento que había robado y lo estrechó en sus manos, paseando agitada y nerviosa.

Pensaba en el mejor medio para descubrir toda la intentona.

—Hay que prevenir a mi tío— murmuró.

Volvió a guardar el papel en el escote del vestido y, sintiéndose ante su mesa, escribió una carta:

Querido tío:

Orange y "Rostro de Cuero" están en Gante. Yo saldré por la mañana para Bruselas.

Tu sobrina,

Leonora

Esperó inquieta, febril... Escucháronse en la calle pisadas lentas de los guardianes nocturnos vigilando el sueño de la ciudad dormida.

—¡La una en punto... y nublado!—dijo una voz.

Esa voz, que antes la asustaba, ahora la tranquilizó como si la acompañase en su soledad.

Abrió el balcón e hizo una seña

al guardián que pasaba... Éste se detuvo, pronto a servir a la sobrina del gobernador.

Tiró Leonora la carta a la calle. El soldado la recogió, leyendo su dirección.

Para el duque de Azar.—Bruselas.

Hizo un gesto de inteligencia. Había comprendido. Saldría en el acto a llevar la carta.

Y Leonora, radiante y feliz, volvió a cerrar el balcón, dejándose caer rendida en el lecho hasta esperar el nuevo sol que la conduciría a la libertad.

Momentos después, al cruzar una de las esquinas de la calle el soldado portador del pliego se vió acometido por un hombre que le atenazaba poderosamente por la garganta y le derribaba en tierra después de apoderarse de un violento tirón del mensaje.

El guardia distinguió en la obscuridad de la noche a "Rostro de Cuero", el terror de los invasores...

No pudo ver más. Sintió que su cerebro se debilitaba y cayó sin sentido.

VI

Una hora después de la salida del sol, en la gran plaza de Bruselas estaba preparada la carroza que debía conducir a Leonora a la capital belga.

La joven apenas había podido dormir, agitada por la proximidad del viaje y lo inminente de los acontecimientos.

Lanzó un grito de alegría al ocupar la carroza; pero su contento apagóse de pronto al ver a Marcos que tomaba asiento a su lado.

¡Ah, Leonora no había contado con la presencia de su marido!

—Para vos debe ser muy molesto acompañarme—murmuró ella a tiempo que los caballos de la carroza emprendían lenta marcha.

Marcos se echó a reír.

—Muy molesto, señora...

—¿Pues, entonces?

—¡Ah, señora, sois mi mujer y demasiado hermosa para ir sola por estos caminos!

—No creo que vaya a pasarme nada.

—A mi lado vais más segura...

Y reía satisfecho de realizar un viaje con su mujer en la suave intimidad de la carroza.

Salieron de Gante, abriéndose ante ellos la carretera que atravesaba los campos húmedos y grises.

Era una mañana sin sol; nubes bajas se cernían sobre el horizonte, amenazando tormenta... A veces en la lejanía se escuchaban

truenos... Iba formándose la tempestad.

Durante largas horas no se dijeron nada. Solamente el vaivén constante del coche que rozaba ligeramente sus vestidos parecía recordarles que no iban solos.

El camino era interminable; no se llegaba nunca. Leonora pensaba en el instante de librarse de la compañía de su marido.

Y mientras el vehículo les conducía en dirección a Bruselas, allá en la capital el duque de Azar recibía a un mensajero que, lleno de cansancio y de polvo y después de haber reventado varios caballos en vertiginoso galope, había llegado procedente de Gante.

El gobernador le recibió en su despacho.

—¡Hablad... hablad!... ¡Me tenéis impaciente!... ¿Qué ocurre?

El mensajero explicó todo lo sucedido con el guardián a quien Leonora había dado una carta para el duque.

—...Y el soldado fué hallado sin sentido en una calle. Al volver en sí, dijo que "Rostro de Cuero"

le había robado un mensaje de vuestra sobrina.

—¡Maldición!

Se paseaba de un lado a otro engarfiando las manos como si quisiera destrozar a todos los flamencos.

—¿Y no sabéis lo que ella quería?

—No, señor... Sólo sé que doña Leonora viene hacia Bruselas... y con ella su marido.

—No está todo perdido en tal caso... Si partimos antes de la caída de esta noche es casi seguro que les hallemos en Dendermonde...

—Es cierto...

Voy a dar órdenes para que preparen los caballos. Saldré al encuentro de mi sobrina...

Entretanto, las horas seguían pasando con lentitud en el interior de la acolchada carroza que conducía a los esposos Van Rycke.

Llevaban mucho tiempo de viaje... Sobre la forzosa inmovilidad en que se hallaban, ahora la lluvia hacía todavía más incómodo el camino.

Los rayos, largas serpentinas

de fuego, se perfilaban en el obscuro cielo, haciendo temblar la tierra como enormes cañonazos.

Los dos esposos apenas habían cruzado palabra durante el trayecto. Pero Marcos miraba a Leonora con dulzura, llenándose de la luz de los ojos de aquella mujer a la que tanto quería.

¿Y siempre estarían desunidos?
¿Y nunca ella desarrugaría la hosquedad y la frialdad con que le miraba?

Leonora iba cayéndose de sueño. Cerró los ojos y dió varias cabezadas reclinándose sobre el hombro de Marcos, que la miró risueño.

Ella se despertó murmurando muy cortés:

—¡Perdonadme!

—¡No hay de qué!—respondió Marcos, sonriente.

Pero el sueño era tan intenso, que Leonora volvió a cabecear rozando por segunda vez el hombro de su marido.

—¡Oh, perdonadme otra vez!—dijo, asustada.

—Sois muy amable, señora...

¿Qué más hubiera querido Marcos que durante todo el viaje se hubiera ella apoyado en él con la confianza de una mujer enamorada? Mas ahora volvía a mantenerse alejada como si repudiese la más ligera aproximación.

Pero la carretera estaba sembrada de baches y en uno de ellos, muy pronunciado y violento, el coche se tambaleó y Marcos vino casi a caer encima de su mujercita.

—¡Perdonad vos ahora!—le dijo.

Ella sonrió ligeramente, aceptando con un movimiento de cabeza la excusa.

Marcos se había sentido lleno del delicado perfume de aquel cuerpo juvenil. ¡Aquella mujer que tenía al lado era la suya... y, sin embargo, sus almas estaban separadas como las de dos desconocidos, o peor aún, como las de dos implacables enemigos!

—¡Cuán largo es el camino!—dijo él—. Descarta hallarme en Bruselas.

—¡Yo lo deseo más que vos!—respondió ella con ironía.

El coche se detuvo de pronto... Asomóse Marcos por la ventanilla. ¿Qué ocurría? Sólo faltaba alguna complicación en una nochecita infernal como era aquella.

Bajó del vehículo para ayudar al cochero en la tarea de quitar un árbol que había sido derribado en el camino por el vendaval.

Volvía a ser casi de noche y la lluvia caía como un alud... En aquel instante pensó Marcos en la felicidad de un buen techo que le cobijase, de un buen fuego y de una espléndida cena... y todo al lado de su Leonora...

¿Y por qué no podía realizar esto? ¿Para qué servía la astucia?

Leonora no se había movido del coche y Marcos, sonriente, preparó un accidente fortuito.

Acercóse a una de las ruedas y quitó el tornillo que la sujetaba a su eje. Después, sin decir nada, volvió a meterse en el vehículo.

—Vayamos aprisa, cochero—dijo.

El conductor respondió con un extraño gruñido. Era un flamenco vivaracho que conocía de muy an-

tiguo a su señor. Acababa de ver que Marcos había realizado una extraña maniobra con una de las ruedas traseras. ¿Qué se proponía?

Arrancaron de nuevo al trote cansado de los caballos. Y no tardó en ocurrir lo que Marcos había previsto.

La rueda fué afojándose, saliéndose de su eje hasta escapar-se totalmente de él, yendo a rodar a varios metros de distancia. El coche sufrió una violenta sacudida, quedando atascado.

Marcos se puso las manos en la cabeza, disimulando perfectamente.

—¡Sólo esto nos faltaba! ¡Adiós, rueda!—exclamó.

Descendió del coche a tiempo que el conductor se mesaba los cabellos dándose a todos los demonios por la avería.

¡Sí, sí, se podía ir a buscar la rueda que había girado a lo lejos, harrida por la espesa cortina de lluvia y de viento que caía sobre los campos!

—Imposible continuar — dijo

Marcos a Leonora—. Esta avería nos obligará a pasar la noche en Dendermonde, el lugar más cercano de donde nos hallamos.

—¡Es horrible! ¡Qué cansada me siento!

—¡Pobre Leonora! ¡No os preocupéis! Un poco más de fatiga y llegaremos a un sitio donde podréis reposar a gusto.

—¡Bien lo necesito!

—¡Ánimo, señora!

Luego se dirigió al cochero:

—¡Desenganchad las caballerías! Iremos montados para llegar a Dendermonde.

Marcos montó en uno de los briosos animales y colocó cuidadosamente a Leonora en sus brazos.

—No temáis, señora. A mi lado nada os ha de pasar...

El cochero subió a lomos del otro animal y con lento paso comenzó a marchar tras de los esposos.

Era cerrada la noche y los truenos ponían en el inmenso pentagrama del cielo una sinfonía trágica... Leonora, cada vez más horrorizada, decía con temblores de niña:

—¡Tengo miedo... mucho miedo!

—¡Confiad en mí!...

Y la abrigaba con su calor, y aquella tierna solicitud acabó por conmover a "Flor de Occidente".

Tal vez ella lo había tratado hasta entonces con demasiada dureza, respondiendo siempre con aterradora frialdad a las tiernas solicitudes de su marido.

Ahora, en esta noche inacabable y tempestuosa le parecía que de no haber sido su esposo, se hubiese muerto de miedo. ¿Qué habría hecho sola por aquellos caminos barridos por la lluvia y por un viento que descuajaba los árboles, arrancando troncos a distancia?

El seguía murmurándole palabras de consuelo, enamorado con todo su corazón de aquella criatura encantadora, nacida en país enemigo, aquella dulce mujer que odiaba a los flamencos... Mas el amor está sobre el odio y la muerte...

Avanzaban en silencio entre la tempestad brutal que parecía ane-

gar toda la tierra como en un nuevo diluvio. A cada trueno la pobre niña temblaba y se apretaba más y más contra su marido, buscando en él el calor familiar siempre soñado en las horas de dolor.

Y Marcos, que era tan buen guerrero como dulce amante, calmaba sus inquietudes con la bondad de sus frases.

—¡Pronto llegaremos, señora, y entonces podréis descansar de veras!... ¡Y yo velaré siempre a vuestro lado!

Había tanta ternura en sus palabras, que Leonora se conmovió. A la luz de los relámpagos vio aquel rostro juvenil y cariñoso que se inclinaba hacia ella, aquellos ojos implorantes y suaves que la miraban con bondad, y se acusó de haberle tratado tan mal.

Además aquel hombre la quería; se lo había dicho aquella primera noche de bodas antes de repelerle ella con una brutalidad que ahora la avergonzaba.

¡Pobre Marcos! Todo contribuía en aquel instante a que el corazón de Leonora se sintiera interesado por aquel flamenco en

cuyas maneras había visto una nobleza sin par. Y la hora, el accidente, la amante solicitud del esposo, fueron venciendo la hosquedad de Leonora hasta hacer florecer su dulce sonrisa.

—¡Qué bueno sois!—dijo—. ¡Y yo que no he sabido comprenderos!

—¡Mi Leonora! ¡Velo siempre por vos... porque os amo!

Resonó en aquel instante un nuevo trueno, largo, inahabable, que parecía hacer retremblar toda la tierra.

—¡Marcos!—exclamó la dulce mujer.

Y se acurrucó a él y casi de modo inconsciente se abrazó a sus hombros...

Sus labios sonreían; en su alma parecía nacer un nuevo perfume de amor...

Y el héroe flamenco se sentía orgulloso de proteger a la que era vida de su vida, diosa sagrada de su alma, la luz de su corazón.

Detrás de ellos avanzaba a lomos del fatigado caballo, el pobre cochero, y cabeceaba lentamente mientras la bestia movía su testa



Cogió el documento que había robado...



— ¡Cuán largo es el camino! Desearía hallarme en Bruselas.



¿Dónde fue, Lenora, la elegía que escribiste hace un instante?



— Investigaciones la ilusión de que el mundo, todo el mundo, está en una y en mí. —



—Esta noche hay en vuestros ojos un fulgor que yo nunca he visto.



«Dietro da Caputo» ne dell'Illegale»



...ha logrado mover las cadenas.



... invadís las estancias superiores de la Fortaleza, en busca del gobernador...)

charreante con la lentitud del cansancio.

Era tal el sueño que invadía al pobre hombre, que no pudo resistir más y cayó del caballo.

Leonora y Marcos no se dieron cuenta del accidente... Siguieron abrazados, avanzando en silencio, marchando hacia el ideal...

VII

Una hora después se detenían ante un viejo mesón de paredes agrietadas en el que había un letrero con letras góticas:

Fonda de Dendermonde.

Gante, 8 leguas.

Bruselas, 6 leguas.

—Aquí nos podremos refugiar... y mañana proseguiremos nuestra marcha a Bruselas—dijo Marcos.

Entraron en la posada. Arrieros y trajinantes ocupaban las mesas, matando aquella larga noche con continuas libaciones... Todos contemplaron con curiosidad a aquella pareja joven, de aire fatigado, pero cuyos trajes denotaban el señorío.

¿Quiénes serían? ¿Una pareja de novios? Admiraron con los ojos inflamados por el deseo a aquella mujer rubia y elegante que llegaba hasta ellos como algo delicioso y espiritual, manjar divino que en nada se parecía a las mujeres zafas y gruesas con las que ellos trababan conocimiento.

Los dueños del mesón se acercaron haciendo grandes reverencias zalameras. ¡Nunca su casa, frecuentada por vulgares caminantes, se había visto honrada con la presencia de gente tan principal!

Una muchacha reconoció a Marcos y ahogó un grito de alegría. Se trataba de la criada del mesón, que acababa de entrar allí para prestar sus servicios. Era Gretel, la famosa camarera de la posada

de "Los Tres Tejedores", de Gante, que, después del terrible suceso de la muerte de don Ramón de Linc, había querido huir de un lugar donde todo le recordaba que dos hombres se habían batido por ella.

Aquí, en la fonda de Dendermonde, se gozaba de mayor paz y los viajeros eran gentes pacíficas que iban a su negocio...

Sonrió, modesta y bonita, al ver a Marcos y a Leonora subir la escalera que les conduciría a sus nuevas habitaciones.

¡Le estaba tan agradecida a Marcos! Recordaba aquella vez en que el joven le pidió vino para apartarla de los brazos atormentadores de don Ramón de Linc.

¡Ah! Seguramente Marcos, si hubiese estado en la taberna, la hubiera defendido aquel otro día en que Linc la atacó en sus habitaciones con siniestros propósitos... Otro hombre se adelantó aquella vez: "Rostro de Cuero"... Y para los dos tenía la dulce Gretel tesoro de gratitud.

¡Si hubiese llegado a saber que

Marcos y "Rostro de Cuero" eran la misma persona!

Entretanto los esposos habían entrado en una de las estancias superiores. Crepitaban leños en el hogar. Una atmósfera de bienestar y tranquilidad envolvía las paredes.

Leonora sentóse en un diván, respirando holgadamente después de la penosa jornada y procurando reaccionar con la proximidad bienhechora de las llamas.

—Ahora podréis reposar... Cenaréis y recobraréis fuerzas para seguir mañana el viaje—dijo Marcos.

Le besó la mano y pareció hacer además de alejarse. Pero Leonora, que le tenía temor a la soledad, suplicó humildemente:

—¡No os vayáis, os lo ruego!... ¡Tengo miedo aún!...

—Vuestros deseos son órdenes... Estaré a vuestro lado hasta que os canséis de mí. Podemos cenar juntos, ¿no os parece?

—¡Sí... sí!... ¡Me encuentro muy débil!... ¡Y ese calzado...!—gimió.

—¿Os duele? ¿Me permitís?

Le quitó los zapatos, acariciando con suavidad aquel pie fino y encantador.

Los mesoneros pusieron la mesa. Iban a darles poca cosa, desgraciadamente. Era ya muy tarde y apenas sobraba nada.

—No importa—dijo Marcos, comunicativo y feliz porque veía el dulce cambio que se había experimentado en su esposa—. Servidnos de lo que haya. Pero antes, para abrirnos el apetito, traednos un poco de vino.

—¡Del mejor, del más antiguo! ¡Un vinillo para reyes!—dijo el mesonero.

Se lo sirvió Gretel, quien le dijo a tiempo que lo escanciaba:

—Este es el mismo vino que yo os servía en Gante, en la taberna de "Los Tres Tejedores".

Lo cató Marcos y respondió:

—El mismo vino, en efecto. Y tú la misma mujer... Te reconozco...

Y sonrió de modo misterioso.

—¡Eres Gretel!...—añadió.

—Soy vuestra humilde servidora, señor...

—Gracias, gracias... Y ahora dejadnos solos.

Marchó Gretel y el joven sentóse junto a una mesa, al lado de su mujer, comenzando a devorar la comida que les habían servido.

Los dos estaban alegres; parecían dichosos como novios en luna de miel. Nadie hubiera podido creer que había habido tantas diferencias entre ellos...

Leonora, perdida su timidez y la frialdad con que siempre había acogido a su marido, se mostraba sonriente como si la vida volviera a tener para ella las llamaradas de la juventud.

Comieron con el apetito propio de toda larga jornada. Marcos sirvió a ella, y Leonora a él... Y reían comentando pequeñas cosas, olvidándose la sobrina de Azar hasta de las causas que habían motivado su viaje a Bruselas.

Marcos levantó la copa y brindó:

—¡Bebo por cierta rueda de coche que, para mí dicha, se salió de su eje! ¡Bendita rueda!

Ella brindó también...

—Supongo que no querréis

abandonarme ahora, ¿verdad?
¿Os alejaréis de mí, como pensabais?—preguntó el flamenco.

Ella calló y guardó silencio... El pasado volvía a su encuentro, insidioso, perverso.

Después de cenar, la joven volvió a sentirse repentinamente triste. La atormentaban extraños pensamientos que unas veces le hacían mirar con cariño a Marcos y otras la alejaban de él.

Marcos sentóse a su lado y le dijo, sorprendido por la seriedad con que ella le miraba:

—¿Dónde fué, Leonora, la alegría que teníais hace un instante? Parece como si se hubiese apagado la luz de vuestra cara.

—¡Me entristece pensar aún cuán lejos estoy de merecer vuestras ternuras!—respondió.

—¡Si no es más que eso!... Olvidemos el pasado, hermosa mía... Hagámonos la ilusión de que el mundo, todo el mundo, está en vos y en mí...

Acercóse a ella, aturdido por la fragancia que exhalaba aquel cuerpo joven, la abrazó y le dió un largo beso en el cuello.

Leonora no rehuyó la caricia, sintiendo palpitár su corazón... No se atrevía a decirse lo que sucedía en su alma, pero aquella noche todo se había transformado, haciendo sentir a "Flor de Occidente" extrañas emociones. La constante solicitud y ternura de su marido habían acabado por llenarla de interés hacia Marcos... Y ese interés se transformaba en amor al verle tan leal, tan caballero junto a ella.

¡Ah, la imagen de Ramón de Liner se debilitaba ante el nuevo cariño que se alzaba ante sus ojos! ¿Era posible?... ¿Amaba a Marcos? ¿No era acaso su enemigo? ¡Oh fragilidad del corazón humano!

—Esta noche hay en vuestros ojos un fulgor que yo nunca he visto—le decía él mientras besaba su mano—. Parecís otra mujer... Os desconozco... Os quiero siempre así, tierna y delicada como ahora... ¿Me perdonáis, Leonora, si alguna vez he sido duro con vos?

—¡Marcos!

Ella no sabía qué decirle... Tan emocionada estaba.

¡Oh, solos en aquella habitación, con el hogar encendido, mientras afuera la lluvia seguía cayendo! ¿Qué decirle a aquel hombre al que comenzaba a amar?

Mientras Leonora vacilaba en la última lucha entre su deber de patriota y el cariño que le inspiraba su esposo, el gobernador, duque de Azur, se encontraba ya con sus soldados en las cercanías de Dendermonde. Había salido unas horas antes de Bruselas y deseaba entrevistarse lo más rápidamente posible con su sobrina para que le contase lo que decía el mensaje robado.

Ajenos totalmente a que fueran a buscarles, Leonora y Marcos seguían su idilio de amor.

—¡Oh amo, Leonora!... También vuestras miradas me dicen amor... Yo sé que me queréis... ¿Seguiréis negándolo siempre?

Esta vez ella no pudo contener su secreto.

—¡Siempre no, Marcos!

—Leonora... ¡Benditos sean

vuestros labios que esta palabra de amor han dicho! ¡Sois mi señora y reina y así os quiero ver siempre, en plena felicidad! ¡Mi Leonora!

Se besaron con la embriaguez cegadora del amor... Ella reía y lloraba, loca de contento, mientras Marcos parecía querer decir algo, como si quisiera preguntarle un secreto...

De pronto, mientras Leonora le acariciaba una de las manos, la hermosa mujer dió un grito de sorpresa.

—Pero, ¿estáis herido? ¡No me había fijado hasta ahora! ¿Qué tenéis?

El sonrió, contemplándose el brazo vendado, en cuyas telas se transparentaba la sangre.

¿Cómo confesarle a ella que...?

—No es nada—dijo—. Un pequeño rasguño sin importancia... Ayer, probando un arma...

—¿Por qué no me lo habíais dicho antes? ¡Esperad, voy a curaros vuestra herida!

—¿Curaréis primero las heridas de mi cuerpo que las de mi

alma? ¡Dadme otro beso, Leonora!

—Después, Marcos... Ahora... ¡Oh!... ¡Esa sangre!

Trajo un cazo lleno de agua; desvendó el brazo y comenzó a lavarle la herida con el cuidado incomparable que tienen las manos de la mujer.

El sonreía con piedad. Si Leonora hubiera sabido que aquella herida le había sido inferida por uno de los invasores, por uno de los hombres de su patria, tal vez no le cuidara con tanta bondad.

Pero de repente, limpia ya la herida, Leonora la miró con atención y frunció el ceño con gran sorpresa. ¡Oh, la herida presentaba dos tajos, uno en cada parte del brazo, como la huella de una daga, de un puñal que lo hubiese atravesado de parte a parte!

Una sospecha horrorosa cruzó por su imaginación. Recordó instantáneamente las palabras de su tío:

—...“Rostro de Cuero” huyó después de su crimen... pero con el brazo pasado de parte a parte por la daga del capitán.”

¡Aquella herida, aquella herida donde se señalaban perfectamente los dos agujeros producidos por una daga!

¡Qué cruel pensamiento! ¡Pero... sí... no podía negarlo! ¡Marcos era flamenno, revolucionario, como su padre, como todos aquellos que se escondían en el sótano!

Levantóse y dió un grito.

Era otra mujer. Le castañeteaban los dientes; parecía la diosa implacable de la venganza.

—¡Vos sois “Rostro de Cuero”!—rugió—. ¡No lo neguéis!... ¡Apartaos de mí!

A Marcos le pareció que le habían herido en el alma. ¡Maldito descubrimiento! ¡Y en el momento en que aquella mujer iba a ser suya!

Se asió a la esperanza de negar.

—No es cierto—respondió—. ¡No conozco a tal hombre!

Leonora tenía la evidencia de la realidad y la sostuvo mirándole con ojos inmensamente abiertos por el terror.

—¡Miserable! ¡No mintáis! ¿Y aun os habéis atrevido a hablar-

me de amor? ¡Vos, el asesino del capitán Ramon de Liner, de mi Ramón!

—¿Qué decís? ¿Vuestro...?

Los celos le inflamaron de odio.

—Sí, yo soy "Rostro de Cuero". Basta de comedia—gritó—. ¡Yo soy! Pero no sabía que era a Ramón, el bravo capitán, a quien amabais.

—¡Asesino!

—¡No lloréis por la memoria de ese hombre!... ¡Os deshonráis!

Se escucharon pisadas de caballos ante la posada. ¿Quién podía ser en noche tan tempestuosa?

Marcos asomóse a la ventana y su sangre se paralizó al ver que entraba en el mesón el gobernador duque de Azar con una patrulla de soldados.

Volvióse hacia su mujer y la amenazó con el puño:

—¡Ah, espía!—rugió—. ¿Queráis entregarme, verdad? El gobernador está abajo para detenerme, pero no podréis. Ea, basta de farsa. ¡Entregadme el documento que robasteis la otra noche en el sótano!

Leonora miraba con creciente odio a Marcos.

—¿Sabéis...?

Y sus manos tocaron el papel que llevaba escondido en el seno.

—¡Todo lo sé!... Os vi cómo espiabais cuando teníamos la reunión con Orange. Robasteis la lista de buenos patriotas...

—¡Y, sabiéndolo, me habéis mentido pasión, habéis querido traicionarme!...

—¡Qué mal me juzgáis!—dijo con amarga ironía—. ¡Hubiese deseado que me entregaseis este documento por amor!

—¡No lo tendréis!

—¡Recurriré a la fuerza! ¡Locuela! ¡Si yo quisiera os podría quitar la vida! ¡Dádmelo!

Y de un violento manotazo se apoderó de aquel documento. ¡Oh, aquel papel significaba la vida y la libertad de dos millares de compatriotas suyos! ¡Al luego antes de que Azar lo cogiera!

Y lo echó a las llamas...

Leonora había abierto la puerta, y bajaba velozmente las escaleras en busca de su tío.

Al ver al gobernador y a sus hombres dió un grito:

—¡A mí, señores! ¡"Rostro de Cuero" está aquí... en mi cuarto!...

—¡Leonora! ¡Arriba, soldados!—gritó el duque de Azar.

Corrieron hacia la habitación, logrando apresar a Marcos en el momento en que éste buscaba la fuga.

El gobernador miró con sorpresa a Marcos. ¿Qué hacían? ¿No era aquello una equivocación?

—¡No, él es "Rostro de Cuc-

ro", tío! ¡Nos ha estado engañando!

—¡No pude sospecharlo nunca! ¡Pero ya le arreglaremos las cuentas! ¡Atadle y conducidlo abajo!

La feroz soldadesca le amarró brutalmente, llevándolo a la gran sala del mesón.

Pagaría cara su osadía... "Rostro de Cuero" se dejó llevar después de dar una última mirada de desesperado amor a la mujer que acababa de entregarle.

Leonora, luchando entre sus deberes de patriota y el rescoldo del amor por Marcos que había quemado su corazón, acercóse a la chimenea, buscando aquel documento que su marido había arrojado allí.

Por fortuna estaba casi intacto por haber caído sobre unas brasas semiapagadas, no habiendo prendido apenas en él el fuego, chamuscándolo sólo ligeramente.

Recogió el papel. ¡Oh, allí tenía la prueba para entregarla al duque de Azar!... ¡Allí se hallaba la lista de todos aquellos flamencos que conspiraban!

Bajó a la sala del mesón. Marcos permanecía amarrado, esperando las crueldades que iban a cometer con él.

Sin mirarle, Leonora quiso dirigirse al encuentro del duque de Azar. Pero se detuvo al escuchar unas palabras que este pronunciaba dirigidas a su segundo:

—¡Ordenad a las tropas que avancen sobre Gante!... ¡Mañana será la ciudad una hoguera!

—¡Cumpliré vuestro mandato!

—¡No dejéis piedra sobre piedra!... ¡Así castigaremos implacablemente las traiciones!...

Leonora se estremeció... ¡Arrasar la ciudad, no dejar piedra sobre piedra de todas aquellas casas donde vivían mujeres, viejos, niños!... ¡Qué horror! En su alma, donde luchaban continuamente la piedad y el anhelo de servir a su país fuese como fuese, vibró aquella vez la compasión.

Acercóse a su tío y le dijo:

—Tío: me dijisteis que mi matrimonio evitaría nuevas efusiones de sangre, que traería la paz... ¡No quiero que arruineis a Gante!

El duque la miró con la sonrisa bondadosa que causan las tonterías de una niña.

—¡Bah, querida! ¡Los asuntos políticos no son para cabeza de mujer!

—¡Mentisteis, entonces! ¡Me engañasteis!

—¡Basta! ¡Mañana emprenderás el viaje de regreso a nuestro país!

La joven bajó la cabeza y sin querer entregar el precioso documento volvió a su habitación. ¡Oh, más sangre aún!

—Ahora vamos a ocuparnos de ese hombre—dijo el duque de Azar con perversa sonrisa a los soldados—. ¡Eh, "Rostro de Cuero"! ¡Veremos cómo sienta el cuero a tu rostro!

Se agruparon alrededor de Marcos, que tenía una sonrisa despectiva para sus enemigos.

Uno de los soldados, llevando en la mano un fuerte cinturón de

cuero, comenzó a pegarle, azotándole de modo despiadado. Los golpes dejaban manchas moradas en el rostro del joven.

—Te azotaremos hasta que confieses lo que sabes—dijo el gobernador—. ¿Dónde está el príncipe de Orange?

Sabían que "Rostro de Cuero" era el más fiel protector del príncipe y les convenía conocer su paradero.

—¡Si te callas será peor para ti! ¡Seguid pegando!

Marcos no respondía. Era de la madera de los héroes que mueren en silencio, sin confesar, labrándose luego un nombre de oro en el libro de la Historia.

—¿Dónde está Orange? ¡Habla!

Pero Marcos se mantenía impasible a pesar de que su cuerpo chorreaba sangre por todas partes. Sus fuerzas se iban extinguiendo, pero la lucidez de su razón seguía imperando, negándose a delatar.

—¡Perro criminal! ¡Si no me dices dónde está el príncipe, voy a arrancarte la lengua!

—¡No!—respondió Marcos con entereza—. Ni tú ni nadie podrá hacerme hablar... Ni tus amenazas... ni tus suplicios.

—¡Ah, miserable!

La soldadesca seguía matándolo; pero el gobernador iba convenciendo de que su yerno era todo un hombre... Sería capaz de dejarse matar antes que decir una palabra. ¿Cómo hacerlo para que confesase?

Una pobre mujer, Gretel, había presenciado el terrible suplicio a que sometían a Marcos. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Lágrimas de gratitud, de dolor. ¡Conque Marcos y "Rostro de Cuero" eran la misma persona! Le debía, pues, a Marcos la vida; más aún: el honor, sin el cual la vida no significa nada.

Desesperada por la tortura de que era víctima el joven héroe, entró en la habitación donde se encontraba Leonora.

—¡Detenedlos, señora!—gimió—. ¡Yo no puedo sufrir esa crueldad! ¡No puedo!

Leonora salió a ver lo que ocu-

rría y contempló la terrible escena.

Con ojos también llenos de dolor, preguntó a Gretel, extrañada del interés de la camarera:

—¿Qué es mi marido para vos?

—¡Si supierais! ¡Si supierais! ¡Todo se lo debo a él! ¡Besaría el suelo que él pisa!

—¡Oh, venid y explicadme! ¿Qué nueva desventura va a acarrear sobre mí?

Volvieron a encerrarse en la habitación y las dos mujeres se miraban mientras se escuchaban abajo los gritos de los soldados, enfurecidos por el constante silencio de "Rostro de Cuero".

Y Gretel confesó toda la verdad. Explicó a Leonora cómo el capitán don Ramón de Linares la había perseguido, buscando su amor, queriendo hacer de ella instrumento de sus torpes propósitos.

—Y "Rostro de Cuero" le quitó la vida aquella noche en que Linares pretendía abusar de mi juventud... Le mató en terrible combate... Salvó de aquel modo mi vida...

Leonora la oía horrorizada, pensando a qué ídolo ella había adorado, a qué ser corrompido había dado su corazón.

—¿Pero es cierto? ¿No me mentis? ¿Todo el mundo contra mí!—gimió la desdichada—. ¡Y he entregado al hombre bueno, al hombre honrado, para vengar al que no merece ni un recuerdo!

—¡Os lo juro, señora y dueña mía; os lo juro por mi honor; os lo juro por quien acudió en mi defensa!

—¡Ahora os creo! ¿Pero no oís?

—Se me parte el alma al escucharlo. Están atormentando a "Rostro de Cuero".

—¡Y he sido quien le ha delatado! ¡Oh, debo salvarle, y he de impetrar socorro!

—¡Id, señora, sin perder un ins-

tantel! ¡Tal vez lleguemos a tiempo!

Gretel le proporcionó un manto con capuchón y momentos después Leonora salía por una puerta excusada y lograba escapar montando a caballo y en dirección a la ciudad de Gante.

Y entretanto el gobernador Azar podía convencerse de que no había medio humano capaz de hacer hablar a Marcos.

—Sigamos hasta Gante—murmuró—. Allí tengo medios para hacer confesar a los traidores.

La orden surtió inmediatos efectos. Poco después Marcos era obligado a montar en un caballo y, escoltado por los enemigos al mando del duque de Azar, partieron todos hacia la ciudad de Gante.

En el alma de "Rostro de Cuero" había el propósito firmísimo de no confesar.

VIII

Tras largas horas de fatigosa jornada la hermosa Leonora llegaba a Gante.

Quería salvar a su marido fuese como fuese... Ya no se trataba de dos patrias enemigas; se debatía nada menos que la salvación de su amor.

Porque lo comprendía bien. Su amor era éste: el de Marcos, el amor leal, el amor puro, el que está sobre los colores políticos y sobre las fronteras de los pueblos.

¿Qué le importaba ya don Ramón de Linc? No maldecía su memoria porque era un muerto y a los muertos hay que dejarlos en paz, pero no quería acordarse más de él. Por su culpa, para vengarle,

había entregado ella a Marcos, su protector, el hombre fuerte a cuyo lado ella se sintió fuerte también...

¿Llegaría a tiempo de salvarle? Su caballo parecía tener alas y ella volaba impulsada por la fuerza divina del cariño.

Apenas llegó a Gante corrió a casa de los padres de Marcos. El alcalde estaba fuera y encontró a la madre, la cual recibió con cierta hostilidad a la muchacha.

¿Qué quería? ¿No había deseado alejarse de Marcos? ¿Para qué volvía, pues, allí?

Pero ella se arrodilló ante la dama, contándole entre gemidos de angustia la horrenda verdad.

Peligra la vida de Marcos; tal vez hubiese muerto

—¡No os creos! ¡Sois de otro país... y no podéis desear el bien de nosotros! ¡Alejaos de mí!...

—¡Señora, no podéis saber lo que ha pasado por mi alma! ¡Pero os juro que Marcos está en trance de muerte!

—A mi hijo no le detendrá nunca nadie.

—¿Está preso? ¿No me queréis creer? ¿Y ahora? ¿Veis ese documento? ¿Lo reconocéis?

Mostró la lista medio quemada en la que estaban los nombres de los flamencos comprometidos en la conspiración.

—¿Cómo está ese papel en vuestras manos?—dijo la señora Van Rycke, asombrada.

—Yo lo robé... Yo os lo quité en un instante de locura... Pero estoy arrepentida de ello y quiero enmendar mi conducta... Nadie conoce la existencia de esa lista...

Os la devuelvo... ¿No es esto una prueba de que yo no miento?

La dama vacilaba.

—¡Por lo más sagrado juro que os digo la verdad!—repitió Leonora—. ¡Ayudadme a salvar a Marcos!

La madre se dejó convencer.

—¡Hija mía!—dijo, estrechándola entre sus brazos—. ¡Confío en vos! ¡Unámonos para defender a nuestro Marcos!... ¡Vayamos a advertir a los patriotas!

—¡Marchemos, madre... por Marcos... por mi amor!

Y sus brazos se agitaban como banderas de libertad.

—Debemos llamar a esos hombres—dijo la madre de Marcos—. Todos los que están en la lista, sin faltar ni uno solo... ¡Ellos son el corazón y la sangre de Flandes!

—¡Sí, difundamos la alarma, madre, hasta vencer!...

Y salieron las dos mujeres con sencillez augusta de heroínas.

* * *

Pronto se supo en Gante que acababa de llegar el gobernador duque de Azar con sus tropas conduciendo preso a "Rostro de Cuero". Y un deseo de liberar a ese hombre que acababa de descubrirse era nada menos que Marcos Van Ryeke inflamaba el corazón de todos cuantos podían empuñar un arma.

Los soldados, a una orden del gobernador, obligaron a "Rostro de Cuero" a penetrar en una de las salas de la vieja fortaleza del castillo. Era la sala donde se atormentaba a los prisioneros si se hacía necesario apelar a este procedimiento.

Era ya el nuevo día...

El gobernador volvió a interrogar a Marcos, que había sido ata-

do y desnudado de cuerpo para arriba a fin de azotarle con mayor brutalidad.

—¿Queréis confesar, por última vez, dónde está el príncipe?

El rostro del bravo se movió en sentido negativo.

—¡Os dije que no! ¡No os canséis diciendo siempre lo mismo, señor gobernador!

—¿Pretendes burlarte? Te daremos la muerte, pero antes, por Cristo que te haremos hablar.

Le dieron tormento; pero ni siquiera los refinados suplicios, comunes en aquella época a todos los países, hicieron cambiar la obstinación del héroe. ¡Aquel hombre era mudo como una esfinge!

Mientras tanto, con la llegada del nuevo sol, Gante despertaba.

sin cambio aparente, a su actitud cotidiana. Pero todos sabían que aquella iba a ser la jornada decisiva.

Los Van Rycke habían puesto sobre aviso a los flamencos. Se hacía ahora más fácil la salvación de Marcos. Se hallaba encerrado en el propio castillo de Gante y era preciso asaltarlo para lograr su libertad.

Armados y dispuestos a la victoria o a la muerte dos mil patriotas se lanzaron al amanecer hacia el ataque del castillo. Una gran cienaga rodeaba la fortaleza, pero los flamencos pasaban como si pisasen terreno firme por ese líquido fangoso y absorbente.

A veces la superficie se abría y desaparecía alguno de los hombres, volviendo a cerrarse sobre ellos el inmenso pantano de fango.

No importaba. La muerte quería víctimas y se las daban. Para llegar al triunfo tenían que coque-tear con la Parca... Y avanzaban, seguros de llegar al fin...

Entretanto, Leonora había podido entrar en el castillo, gracias a la intervención de un soldado leal

a ella, y había llegado junto a un puente que facilitaba la entrada en la fortaleza y que se hallaba levantado.

Para poder entrar los flamencos en el castillo era preciso, pues, tender sobre aquel mar de fango el puente levadizo que les permitiría avanzar a todos con facilidad. De lo contrario, la lucha escalando las torres y almenares presentaría caracteres de gravedad y de improbables resultados de victoria.

El puente era la única esperanza de los flamencos, y Leonora, flor de heroísmo, iba a tenderlo para dejarles el paso libre.

Comenzó a tirar penosamente de las cadenas de gruesos eslabones que tenían alzado el puente y que era preciso bajar para que éste se tendiera suavemente sobre el pantano.

¡Esfuerzo sobrehumano! ¡No podía! Eran menester varios hombres para efectuar aquella operación, y ¿podría ella, pobre y débil mujer, realizar semejante hazaña?

Se encomendó a Dios, evocó a Marcos en peligro de morir y sin-

tió que sus nervios se tornaban de acero e imperturbable tiró de las cadenas. ¡No podía tampoco! ¡Ah, cómo hubiera deseado ella en aquel instante convertirse en Sansón!

Por fortuna ningún soldado vió su intento... Y cerca avanzaban ya sobre la ciénaga los hombres que querían ser libres...

El Tribunal de Justicia, presidido por el Duque de Azar, estaba reunido.

Todos esperaban el instante en que "Rostro de Cuero", aniquilado por los suplicios, confesaría el lugar donde se escondía el príncipe de Orange.

El duque de Azar, nervioso y febril, decía a los altos magistrados:

—Acabaremos de una vez con la rebelión... Nuestras tropas están en el centro de la ciudad esperando mis órdenes.

—¿Qué pensáis hacer?— preguntó uno de los personajes—. Hemos tenido ya demasiada paciencia para soportar las provocaciones de los flamencos.

—¡Eso acabará pronto! ¡A una palabra mía, Gante será entrega-

do, primero al saqueo, después a las llamas!

—¡Dad, pues, la orden!...

—Quiero esperar si confiesa ese imbécil de "Rostro de Cuero". Luego daremos la señal.

En el calabozo los soldados procuraban por todos los medios refinados y crueles hacer hablar a "Rostro de Cuero". Su intento fallaba una vez más.

Y allá, junto al puente, la heroína Leonora, la bella y hermosa "Flor de Occidente", con todos los poderosos esfuerzos de su corazón, iba logrando mover las cadenas que bajaban paulatinamente el puente levadizo...

¡Oh, casi desmayaba de lograr su intento! ¡Mas una pobre mujer, cuando ama, es más fuerte que el roble, y más dura que un titán!

Logró Leonora, después de caer varias veces a tierra, como desvanecida y creyendo morir, correr las últimas cadenas, y los maderos del puente se tendieron lisos sobre el pantano, facilitando la entrada de los flamencos en el castillo.

Los primeros hombres con las armas al aire lo cruzaron de prisa, avanzando hacia el interior de la fortaleza, apenas defendida por soldados, pues el grueso del ejército se hallaba en el centro de la población.

¿Quién podía envanecerse de contener el avance arrollador de aquella avalancha dispuesta a todo?

Los sublevados llegaron a los calabozos, haciendo prisioneros a los soldados que martirizaban a "Rostro de Cuero" y poniendo a éste en libertad.

Marcos sonrió ante los hom-

bres de su país que se alzaban en armas.

—¡Amigos... compatriotas!... ¡Hoy es día de libertad! ¡Ya no dejaremos arrancárnosla nunca! ¡Apoderémonos ahora del castillo!

Y apoderándose de una de las espadas, Marcos, al frente de su manada de hombres, invadió las estancias superiores de la fortaleza, en busca del gobernador y de sus hombres.

Entretanto Leonora, al levantarse después del inmenso y último esfuerzo realizado para tender el puente, fué detenida por un flamenco escondido tras una pared.

Este hombre creía a la esposa de Marcos traidora a su marido y la apresó a pesar de su enérgica protesta y de jurar ella que había facilitado la victoria a los flamencos con su esfuerzo personal.

* * *

Tan preocupados estaban el duque de Azar y sus hombres comentando el futuro saqueo de Gante, que no oyeron el rumor que producían las turbas en su avance por el castillo.

Cuando se dieron cuenta de la realidad era ya demasiado tarde. Irrumpieron en la lujosa y tapizada estancia aquellos revolucionarios desarraigados, sucios de barro y oliendo a fetidez, que levantaban toda clase de instrumentos guerreros y tenían la fealdad brava de toda revolución.

El duque de Azar quiso huir, pero su intento fué inútil. Marcos le cogió por el cuello, impidiéndole su marcha.

—¡Acabó vuestro mando, duque!... ¡Duraba demasiado... y os echamos!

—¿Cómo te libraste?

—¡No os importe saberlo! ¡Sois mis prisioneros y estáis en mi poder!

En vano el duque de Azar buscó con los ojos un auxilio, un inesperado socorro. Nadie podía facilitárselo.

Los miembros del Tribunal de Justicia fueron maniatados a su vez, arrancándoles las turbas los collares y cruces que llevaban sobre el pecho.

—¡Dadme vuestra espada! ¡Pronto!—rugió Marcos.

El duque, pálido por la humilla-

mucho más *mucho más*

ción y musitando maldiciones en voz baja, entregó aquella arma, victoriosa hasta entonces.

—Y ahora—le dijo Marcos—, ordenad la inmediata retirada de las tropas de Gante si queréis conservar vuestra vida.

—¡No!

—¿Olvidáis que puedo daros muerte? ¡Obedeced!

Azar vió las turbas amenazadoras que entonaban himnos patrióticos y daban gritos de libertad. Tuvo miedo a aquellas gentes plebeyas. Dejóse caer, acobardado, en el sillón de su mesa.

Uno de los sublevados entró en la sala y, acercándose a Marcos, le dijo:

—Hemos hecho prisionera a vuestra esposa.

—¿Ella aquí?—dijo Marcos, volviéndose repentinamente pálido.

—La hemos hallado cerca del puente.

—¡Bien!

Meditó unos momentos...

¿Qué haría con aquella mujer que le había entregado al enemigo?

La amaba demasiado para vengarse de ella.

¡Ah! ¡Cuán ajeno estaba de sospechar que a ella se debía la parte principal de la victoria!

—Volverá a su patria... ya que no quiere estar en la nuestra—dijo—. Duque, le daréis un salvoconducto hasta el mar.

Aun pretendió resistirse el gobernador; pero la amenaza de las espadas, cuyas puntas le rozaban casi la carne, le decidió a hacerlo.

—¡Primero la retirada de las tropas! ¡Escribid!—dijo Marcos. El duque escribió:

En nombre del rey, ordeno la evacuación permanente por mis tropas de todo el territorio de Flandes.

Azar

—¡Bravo!—dijo Marcos guardando el documento—. ¡La patria ya es libre! ¡Viva!

Y miles de voces contestaron a la vez.

—¡Ahora el salvoconducto!

Azar escribió a su vez:

Déjese atravesar la frontera

para regresar a nuestro país, a mi sobrina, Leonora de Vargas.

Azar

Cuando tuvo en sus manos este documento, Marcos no tembló de alegría como al tener el anterior. ¡Ay! ¡Aquello significaba la partida de su mujer, la pérdida definitiva de aquella criatura a la que seguía amando con toda su alma! ¿Por qué ella le traicionó?

Quiso reaccionar, no queriendo que sus compatriotas conociesen su dolor en aquel instante de alegría colectiva.

—Sois libre—dijo al duque de Azar—. ¡Marchad cuanto antes de esta ciudad y de esta tierra... y nadie os molestará!

El duque inclinó la cabeza y, humillado y vencido, se alejó del salón.

—¡No le hagáis daño... respetadle! ¡Debemos respetar hasta a nuestro enemigo!

Pero las turbas no entienden nunca de compasiones.

Y antes de marcharse le quitaron hasta las últimas medallas, desgarrándole el vestido, haciendo burla de él, escupiéndole en pleno rostro...

Tampoco los miembros del Tribunal de Justicia se libraron de la burla popular.

¡No les quedó ni una cruz sobre el pecho! Pero, en cambio, llevaban la de la amargura en el corazón.

* * *

Flandes estaba de fiesta. Las banderas flameaban a los aires y las gargantas enronquecían dando gritos de júbilo.

Las gentes se preguntaban unas a otras si era verdad el acontecimiento y si la paz, la divina anunciación, aparecía de veras sobre la tierra húmeda de Flandes.

Los que creyeron que la guerra era ya un mal irremediable se miraban maravillados viendo que ya no pasaban por las calles las huestes de la gente invasora, y que se cantaban himnos a la libertad, sin el temor de la represalia o del consejo de guerra.

El príncipe de Orange había entrado en la ciudad, siendo aclamado con inmenso júbilo por todos los habitantes.

Días felices, días de constante fiesta que hacían exclamar a hombres y mujeres:

—Ya no tendremos la pesadilla de la guerra... Ya en nuestra tie-

rra florecerán los árboles y darán las cosechas sus frutos y el labrador podrá cantar el himno interrumpido del trabajo.

Únicamente un hombre, Marcos, "Rostro de Cuero", a quien se debía la constante ebullición patriótica, estaba alejado de aquella alegría nacional.

Su alma no podía aspirar el perfume de la dicha... Era cierto que su país era libre; pero ¿y su alma? ¡Su alma estaba herida, estaba muerta y sin esperanza de resurrección!

—¡Y así pasará el tiempo, siempre solo!—se decía asomado a una de las ventanas del castillo que tomara.

Leonora se marcharía de su lado para no volver nunca a pisar aquella tierra de Flandes a la que consideraría maldita... Y de aquel amor, de aquel divino connubio entre dos almas no quedaría más que la palabra, esa divina música

que el viento se lleva y de la que no queda nada, absolutamente nada.

Desde la ventana estaba contemplando los preparativos de la marcha de su esposa.

Una carroza la llevaría lejos... como aquel día... ¡Pero cuán distinto ahora!

¡Y ya no la vería más!

Entonces, ¿no hubiera sido mejor morir por la patria, morir en la contienda?

La vida sin el amor, ¿para qué sirve? ¡Oh Muerte! ¿para cuándo esperas tus dardos?

De pronto escuchó pasos y se volvió, melancólico, hacia la persona que interrumpía su soliloquio. ¿Quién era aquel hombre?

Le reconoció en el acto, y se arrodilló a sus pies. Era su señor, el príncipe Guillermo de Orange.

Orange, sonriente, con la alegría del triunfo, le miró y le dijo:

—Las tropas enemigas se van... Gante desborda en canciones y en gritos de alegría...

—¡Bendita libertad!

—¡Sí, bendita... y bendita quien nos la dió!

Marcos le miró como si no aca-

base de comprender el sentido de aquella frase.

—¿No sabes la noticia, verdad?—le dijo Orange.

—Señor, no comprendo...

—¿No sabes que fué una mujer del campo enemigo quien hizo posible nuestro triunfo?

—¿Una mujer... y enemiga?

Le invadía una gran turbación, sin lograr sospechar de quien pudiera tratarse realmente.

—Esa mujer, ahora nuestra prisionera, pide permiso para permanecer en Gante—siguió diciendo el príncipe.

"Rostro de Cuero" escuchaba asombrado al príncipe. ¿Por qué le decía aquellas cosas?

—Alteza... yo no os puedo responder... pero acaso...

—Ya te lo he dicho, Marcos. Esa mujer no quiere marcharse de Gante... y ha de ser tuya la respuesta de autorización.

Marcos le miró, sin atreverse a decir lo que pasaba por su corazón.

—¿Acaso... Leonora?—indagó.—¿Es posible?...

—Tú lo has dicho... ¡Ella nos

ha salvado tendiendo el puente para que entrásemos en la fortaleza!

Y le explicó la hermosa jornada, la hazaña de aquella mujer.

—¡Mi Leonora!— dijo Marcos, emocionado—. ¿Y cómo yo no me di cuenta en seguida?... ¿Pero dónde está, dónde? ¡Comprended, príncipe: la consideraba perdida para siempre y el destino me la devuelve!

—¡Hela ahí!— dijo Orange, sonriente.

Una mujer había aparecido en el umbral de la puerta. Se trataba de Leonora de Vargas, que avanzaba suavemente mirando con ojos de amor a su marido.

Iba con el traje desgarrado, hecho jirones, conservando aún en su vestimenta las huellas del terrible esfuerzo que tuvo que realizar para poder tender el puente.

Marcos fué a ella con los brazos abiertos para estrecharla con loco amor.

—¡Oh, mi alma... mi ídolo!— gimió—. ¡Tú has hecho esto por mí, por mi patria, por todos nosotros! ¡A ti debemos, pues, nuestro triunfo!

Ella le contempló sonriente y habló con una voz llena de dulzura.

—¡Lo he hecho por ti, Marcos... por ti! ¡Te lo aseguro!

Y se abrazaron fundidos en un largo beso en que olvidaban todas las desventuras para cantar a la nueva vida que sonreía...

El mutuo perdón generoso florecía en la expresión de amor que es aroma ideal de las almas.

Guillermo de Orange sonrió al ver a aquella pareja feliz... ¡Tenían derecho a que nadie turbase su reposo, su verdadera dicha!

—¡Marcos, adiós... y adiós, señora! ¡Nunca os olvidaré!

Y el príncipe se alejó lentamente, pensando tal vez que no hay trono más hermoso que el del amor si éste es honrado y puro...

Los tronos de la tierra pueden derrumbarse y están a menudo acechados por el áspid de la traición...

En cambio, el amor como este que se juraban ahora Marcos y "Flor de Occidente" sólo podría terminarlo la muerte...

* * *

Toda novela, toda historia tiene su epílogo... El nuestro puede adivinarlo el lector.

Retornó definitivamente la paz sobre las tierras encharcadas en sangre de la vieja Flandes.

Los campos volvieron a florecer. Por donde había pasado la muerte, triunfaba el inmenso estallido de la vida.

Leonora de Vargas y Marcos Van Rycke fueron ejemplo de fidelidad y de amor para todos sus conciudadanos de Gante.

Desapareció el antiguo "Rostro de Cuero" para mostrarse siempre bondadosa y apacible la cara franca y despejada de Marcos.

Leonora fué como una madre para todo ser dolorido de Flandes.

Donde había un enfermo, una

necesidad que atender, allí estaba la hermosa señora pronta y solícita con su óbolo material y, sobre todo, con lo que vale más, todavía más que el dinero: la palabra cristiana de la compasión.

Y cuando ella pasaba por las calles de la vieja ciudad, todos la admiraban, conmovidos ante aquella mujer que había salvado a Gante de ser entregada al fuego.

Y el buen pueblo sonreía feliz al ver felices a aquellos dos jóvenes que se sacrificaron para darles la paz.

Pasó el tiempo y Leonora y Marcos siguieron amándose con la misma bella intensidad que en sus primeros años, gozando ampliamente de la vida, y en el divino éxtasis de su constante amor.

FIN



PRÓXIMO NÚMERO
¡Acontecimiento!

EL PRÍNCIPE ESTUDIANTE

por

RAMÓN NOVARRO

y

NORMA SHEARER

Producción METRO-GOLDWYN



*Ramon
Novarro*

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.— El Gran Desfile, por John Gilbert y René Adorée.— Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Melier.— La princesa que supo amar, por Hugnette Duflos y Charles de Roche.— El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.— Sin familia, por Leslie Shaw.— Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.— Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien.— Cobra, por Rodolfo Valentino.— El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.— Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.— Zazá, por Gloria Swanson.— ¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.— El judío errante, por Gabriel Gabrio.— La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.— Casanova, por Ivan Mosjoukine.— Hotel Imperial, por Pola Negri.— La hija Ramona, por Luisa Fernanda Sala.— Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.— Noche Nupcial, por Lily Damita.— El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.— Beau Geste, por Ronald Colman.— Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.— La Mariposa de Oro, por Lily Damita.— Ben-Hur, por Ramón Novarro.— El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.— La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.— La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.— Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.— El Rey de Reyes, La ciudad castigada.— Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.— Águilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.— El Sargento Malscara, por Lon Chaney.— El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.— El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.— La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.— Ramona, por Dolores del Río

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

En preparación:

Las grandiosas superproducciones

Alas / El destino
de la carne

El ángel de la calle

Cuatro hijos

etc.



¡LO MEJOR DE LA TEMPORADA!

¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

Ediciones Bistagne
Revisión
Publicación

CHANG

ES LA MEJOR NOVELA
DE AVENTURAS

Adquiera este interesante libro, de las aventuras de los famosos exploradores Merian C. Cooper y George B. Schoedsack, desarrolladas por el culto escritor

Doctor Max

EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS

Precio: 3 Ptas.

16 ILUSTRACIONES EN PAPEL COUCHÉ

Exclusiva de venta para España: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbardá, núm. 16. — MADRID: Ferraz, núm. 21

Emerson



Precio: 1'50 ptas.